

La Ilustración Artística

AÑO XIV

BARCELONA 15 DE JULIO DE 1895

Núm. 707



LA ESTRELLA DE LA MAÑANA, cuadro de E. Sain (Salón de París. 1895)

ADVERTENCIA

Próximamente repartiremos á los suscriptores de la **Biblioteca Universal** un nuevo tomo de OBRAS ESCOGIDAS DE VENTURA DE LA VEGA, que contendrá las renombradas comedias *Llueven bofetones*, *La escuela de las coquetas*, *Bruno el tejedor*, *El tío Tarariva*, *La sociedad de los trece*, *Quiero ser cómico*, *El gastrónomo sin dinero*, *Una boda improvisada*, *Amor de madre*, *La familia improvisada*, *El testamento*, *El héroe por fuerza*, *Otra casa con dos puertas* y *La mujer de un artista*.

Como muchos de los señores suscriptores que lo son desde principio de este año no poseen el tomo primero de tan notable obra que publicamos el año pasado, les invitamos, para que tengan completa la colección, á que lo adquieran por el precio de CINCO pesetas, ÚNICO PARA LOS SUSCRIPTORES DE LA **Biblioteca Universal**.

Este primer tomo comprende todas las obras poéticas de tan ilustre autor, entre las cuales se cuentan *El hombre de mundo*, *Don Fernando el de Antequera*, *La muerte de César* y *La crítica de «El sí de las niñas»*, la *Fantasia dramática para el aniversario de Lope de Vega* y la loa *La tumba salvada*.

El éxito que el libro ha tenido nos mueve á aconsejar y recomendar á nuestros suscriptores la adquisición de este primer tomo por el módico precio antes indicado, con lo cual y tomando el que próximamente repartiremos tendrán una de las obras más salientes de nuestra **Biblioteca Universal**.

A fin de poder atender debidamente á las indicaciones que se nos hagan, rogamos á nuestros suscriptores y corresponsales se sirvan hacernos los pedidos para los que deseen el expresado tomo de las obras poéticas de Ventura de la Vega.

SUMARIO

Texto. - *Exposición nacional de Bellas Artes*, por R. Balsa de la Vega. - *Semblanza. Leopoldo O'Donnell*, por F. Moreno Godino. - *Federico Soler. Apuntes necrológicos*, por J. Coroleu. - *Nuestros grabados.* - *Un buen tío y un buen cura* (continuación), novela. - *La Giralda de Sevilla*, por José Gestoso y Pérez. - *Aparato para la producción del alcohol artificial.*
Grabados. - *La estrella de la mañana*, cuadro de E. Sain. - *Leopoldo O'Donnell.* - *El paraguero remendón*, cuadro de E. Menta. - *La muralla (1218)*, cuadro de J. P. Laurens. - *El entierro de Federico Soler.* - *Federico Soler en la caja mortuoria*, cuadro de Galofre Oller. - *Calma*, cuadro de A. Mas y Fontdevila. - *En la playa*, cuadro de F. Miralles. - Juan Evan Hodgson. - Enrique Moore. - Huxley. - El marqués de Salisbury. - Copa y espada de honor regaladas á Bismarck. - Aparato para la producción del alcohol artificial. - *El sacamuelas*, grupo en yeso de Cipriano Folgueras.

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES

VII

Permítanme los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA que antes de pasar adelante en el ligerísimo examen que de las obras expuestas en la Exposición vengo haciendo en estas páginas, dedique unos párrafos al relato de un acontecimiento artístico que, por lo extraordinario, merece ser conocido.

No es un secreto para nadie que, á pesar de los buenos deseos del Jurado y de la ímproba labor que hubo de realizar para llevar á cabo con alguna equidad la distribución de los premios, la opinión y la crítica y aun el ministerio de Fomento, según de público se dice, no quedaron satisfechos de la justicia otorgada por los dignos individuos del tribunal calificador. Y tan insistentes fueron las censuras, que, en vista del largo plazo tomado por el ministerio para la aprobación de la propuesta de recompensas, se llegó á creer en la posibilidad de que el Sr. Bosch no pusiera su *exequatur* á la citada propuesta. Por fin, el ministro firmó, pero dejando sin efecto las medallas no reglamentarias.

Pocos días después de esto, un diputado pregunta en el Congreso al Sr. Bosch si el gobierno no pensaba en adquirir algunas obras, como se ha venido haciendo hasta ahora. A dicha pregunta el ministro contesta que había logrado recabar un crédito aproximadamente de ochenta mil pesetas para el objeto. Los artistas premiados dieron un brinco de gozo al saber la respuesta del ministro de Fomento, y se disponían ya para acudir á la dirección de Instrucción pública al primer aviso, cuando cádate con que una noche, cuantos habíamos escrito algo respecto de las obras expuestas recibimos un atento B. L. M. del ministro de Fomento, en el que nos invitaba á una reunión en el despacho ministerial; reunión que se celebró en efecto el miércoles 3 de este mes de Julio, bajo la presidencia del Sr. Bosch.

En breves palabras el Sr. Bosch nos rogó que, pues á pesar de los buenos deseos del Jurado, éste no había acertado á complacer á la opinión y á la crítica, le propusiéramos las obras que á nuestro juicio merecieran ser adquiridas por el Gobierno y que acelerásemos todo lo posible nuestro trabajo, pues deseaba conocer la opinión de la crítica antes de que se cerrase el certamen.

Sabidas son las diferencias de criterio que respecto de artes dividen á los inteligentes, críticos y artistas inclusive, y mucho más sabidas las que separan á la mayor parte de cuantos por afición unos, otros por obligación, han venido y vienen todavía ocupándose en las columnas de los periódicos de esta corte del actual certamen; así que creíamos, el Sr. Bosch

el primero, que no llegaríamos á un acuerdo. En previsión de esto, se acordó que cada uno de nosotros hiciera una propuesta, y que el ministro escogiese aquellas obras que resultasen con mayor número de votos.

Dos han sido las reuniones celebradas, y no se hubiera celebrado más que una si ocupaciones imprescindibles, inherentes al oficio del periodismo, no nos hubieran impedido prolongar la sesión. En la primera, casi se completó la propuesta, y tan sólo cuatro ó cinco obras dieron motivo á discusiones y á recurrir á los votos. En la segunda se ultimaron varios detalles que quedaron pendientes de nuevo estudio, y se procedió á justipreciar las obras en varios tanteos, dividiéndolas en cuatro categorías, según su mérito.

Por rara casualidad, no ha obtenido ninguno de los cuadros premiados con medalla de oro ni un solo voto para su adquisición, exceptuando el titulado *A la guerra*, que obtuvo tres contra siete. De la sección de escultura se propuso la adquisición del grupo *El sacamuelas*.

Como prueba de la amplitud de criterio con que se procedió en la tarea de proponer las adquisiciones de las obras, debo hacer constar que al lado de cuadro tan ceñido á cierta ortodoxia llamada por los modernistas *escuela vieja*, cual es el de Cecilio Pla *Lazo de unión*, se propusieron el de Casas *Garrote vil* y el de Rusiñol *Patio azul*. Este último fué borrado á última hora de la lista de los propuestos, por haberse sabido que era de propiedad particular.

A pesar de que cuando este artículo vea la luz pública será conocida ya la resolución del ministro, sin embargo apuntaré algunos de los títulos de las obras que han sido indicadas para su adquisición:

La bendición de la barca, de Sorolla; *Epílogo*, de Cutanda; *Lazo de unión*, de Pla y Gallardo; *La conjura*, de Graner; *Llano de Tarrasa*, de Vancells; *Sudeste*, de Alvarado; *Tocador de una pompeyana*, de Iniesta; *Garrote vil*, de Casas; *Juvenilla* (estatua), de Reynés; *Lago de Como*, de Meifrén; *La gloria del pueblo*, de Fillol; *El flauto mágico*, de Alcázar; *El afilador* (estatua), de Viciano; *La buenaventura*, de Saint-Aubin; *Séneca* (estatua), de Inurria. Y en propuesta adicional, por entender la comisión que lo alto de su mérito no hace posible justipreciarlo en el bajo precio en que, por ceñirse á la cantidad de que dispone el Estado, ha sido preciso tasar las obras, se recomienda la adquisición del cuadro *La siega de Andalucía*, de Bilbao, y en primer término una reproducción en bronce de la estatua de *Trueba*, de Mariano Benlliure; pues creen de equidad los firmantes que figure esta obra, la primera escultórica que en España ha merecido la distinción del premio de honor, allí donde figura el lienzo *Doña Juana la loca* de Pradilla, que como es sabido obtuvo igual recompensa en la exposición de Bellas Artes de 1878.

Y prosigo con el estudio del actual certamen.

La gloria del pueblo es un cuadro de género que si acusa cierto mal gusto en la composición de la escena y un si es no es de falta de distinción y nobleza en las figuras, tiene sin embargo otras condiciones verdaderamente dignas de ser apreciadas como reveladoras de un pintor y de un observador no vulgar: tipos y lugar de la escena están admirablemente tratados y comprendidos. El color es sobrio y castizo y el dibujo firme. Representa este cuadro la llegada á un pueblo del hijo á quien la fortuna encumbró llevándole á ocupar los primeros puestos en la corte. A la plaza del villorrio natal llega en su berlina el grande hombre. A recibirle salen con los ancianos padres, que emocionados le abrazan, las autoridades y vecinos pudientes, á quienes rodean las gentes que componen el escaso vecindario; una murga ameniza el momento solemne. *La gloria del pueblo* baja del lujoso carruaje y tiende los brazos á una anciana que apenas la columbra el espectador, confundida entre la multitud.

Entre las figuras más sentidas descuella la del padre, quien, vuelto de espaldas al espectador, se enjuga los ojos, y en primer término un baturro que mira con curiosidad aquella escena. Esta segunda figura está magistralmente pintada.

Por lo contrario del de este cuadro, peca el autor del titulado *A la epístola*. El primero queriendo quizá acentuar la tosquedad de los personajes de su obra, para que resalte con el mayor vigor posible la figura cortesana del grande hombre (que viaja con sombrero de copa); el segundo queriendo, á mi ver, ofrecer un tipo de señorita elegante, nos la pinta con un vestido azul claro, tocada con sombrerillo de muchos lazos y flores, al lado de la mamá vestida de negro y envuelta la cara en un velo del mismo tono del cuadro. La idea que desarrolló en este cuadro el Sr. Santa María no me parece muy plausible, ni como interesante ni como pictórica. Fondo del cuadro, el interior

de una iglesia; personajes, la citada mamá que, de rodillas en una de esas sillas reclinatorias que se alquilan en los templos, lee con gran atención en el libro de misa; al lado de la mamá, en primer término, una joven vestida como más arriba dejo indicado, arrodillada también en otra silla, hace como que lee en el devocionario, mientras que con la mano izquierda entrega una *epístola* á la vieja encargada de recoger en una alcancía de metal el precio del alquiler de los asientos reclinatorios. La vieja Celestina mira hacia el fondo de la iglesia, donde tras una verja se ve á un oficial de caballería que atiende ó que parece atender á lo que vieja y niña hacen.

Como juzgarán mis lectores, el asunto no es muy nuevo; y para desarrollado en un lienzo de cerca de tres metros, me parece demasiado poco importante. De las figuras, la mejor pintada es la de la vieja. El color en general, con ser de buena casta, pierde algo por lo algodonoso de la factura.

Ignacio Díaz pretendió resolver un problema de luz y de color en su cuadro *Las planchadoras*. El fondo del cuadro es blanco y las figuras, que si no he contado mal son diez, visten todas de blanco. La escena está iluminada por una ventana que cubre una cortina también blanca, la cual tamiza la luz.

El resultado que obtuvo Díaz no es completamente feliz, aun cuando tiene trozos este cuadro en los cuales se acerca el artista á la solución del problema. En conjunto es monótono; mas debe asegurarse que las condiciones de pintor que demuestra el autor de *Las planchadoras* no son vulgares.

De Ignacio León y Escosura hay cuatro cuadritos que están pintados con la minuciosidad con que pintaron algunos maestros holandeses del siglo XVII. Sobre todo las telas y los muebles aparecen detallados con la misma prolijidad escrupulosa con que detalla la fotografía.

Por aquí cerca están dos cuadros de Moreno Carbonero. Titúlase uno *Encuentro del rucio* y el otro *Fuente de Málaga*. En el segundo paisaje, el ambiente, los caballos y el sol están pintados como Carbonero pinta cuando acierta por completo, que no siempre le suele acontecer, cual puede observarse viendo el cuadrito *Encuentro del rucio*: precisamente en la figura de *Sancho Panza* y aun en la del célebre burro, ambos me parecen un poco duros. En cambio, el maestro se desquitó pintando el retrato de su esposa. Es ese busto, copia de una belleza rubia de encantador perfil, de esbelto cuello y amplio busto, que cubre un corpiño escotado de terciopelo negro, obra hermosa de la paleta de Moreno Carbonero. Cabello, mejilla (aparece el retrato de perfil), carnes, telas todo está soberanamente tratado. El dibujo es firme, el modelado prodigioso; la expresión severa y á la par noble de la dama que comparte con el celebrado artista el hogar, está comprendida con verdadero acierto.

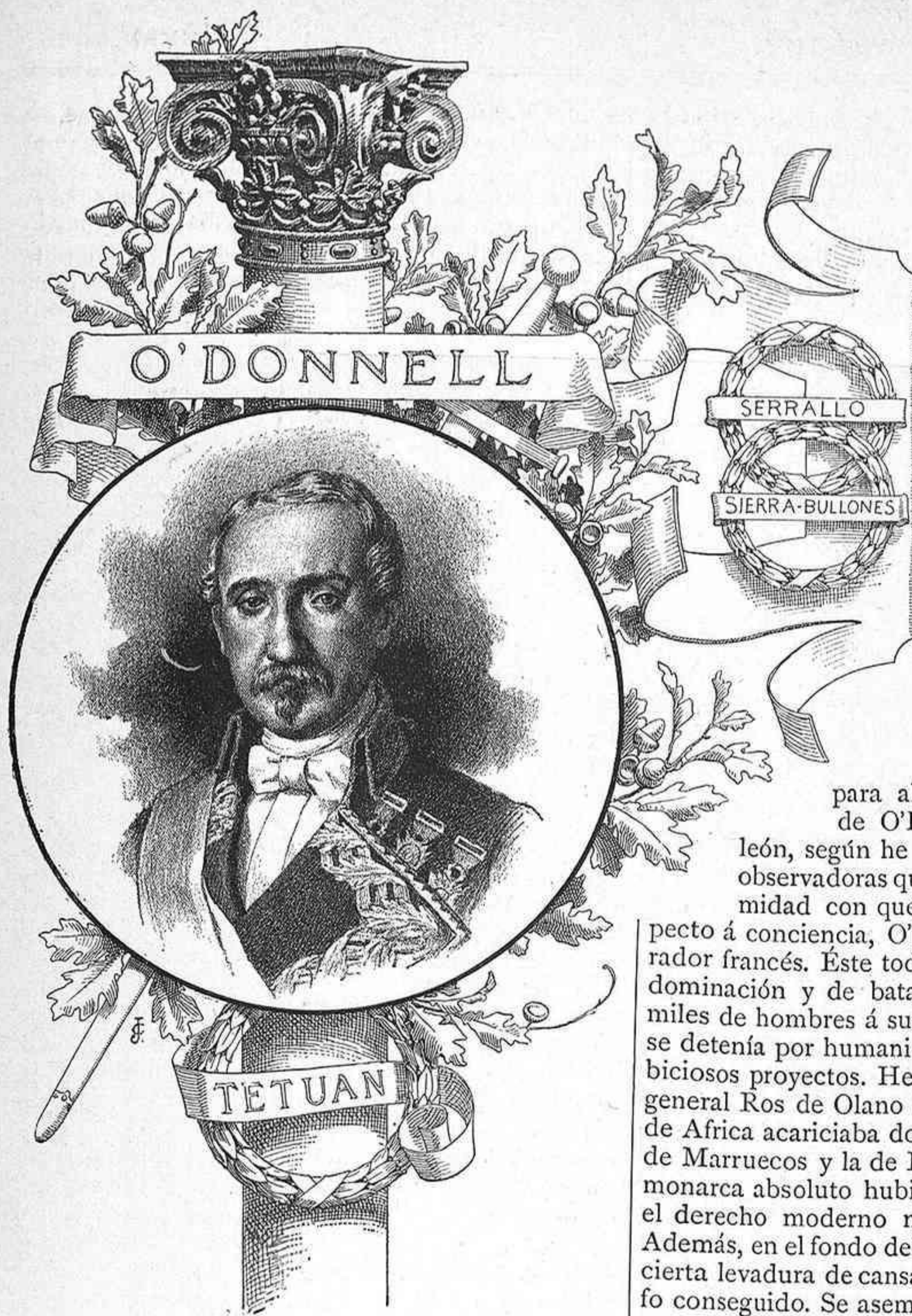
Y aquí doy fin al vistazo general de las obras expuestas en la Exposición actual. Fáltame solamente mencionar á los artistas catalanes que, como Rusiñol, Casas, etc., han acudido con obras que, aparte de la importancia que puedan tener los asuntos, muestran una nueva manera en la plástica. De estos artistas, como de los discípulos del malogrado Placencia, hablaré en la próxima crónica.

Ahora tan sólo mencionaré del maestro Ferrant las cuatro notas que exhibe, tituladas *Recepción en Palacio*, *La betanceira*, *La gaitera* y el *«Reina Regente»*. Este último cuadrito es una hermosa impresión de color. Yo que conozco muy bien el lugar desde el cual el notable pintor hizo este estudio de marina, cuyo motivo principal es el acorazado que tan desastroso y dramático fin tuvo en las aguas del Estrecho de Gibraltar en el último mes de Marzo, afirmo que recuerda fuertemente la bahía de la Coruña, vista desde el monte que la cierra por el Sudeste. No menos acertada de color es la figurita que representa á una muchacha de Betanzos.

Souto pintó también una gallega, una mocilla labradora digna de encomio por la dulzura de la tonalidad general y del tipo. Andrade expone un cuadrito que titula *La siega*. El sol ilumina la escena, y en verdad que tiene trozos donde, efectivamente, se ve brillar el astro del día. Las lejanías especialmente envueltas en esa bruma caliginosa de las mañanas caniculares están pintadas con gran acierto.

Cierro este artículo diciendo de la figura *El avaro*, de Oliver, que es un trozo de pintura sólida, castiza, y que el tipo del judío está muy bien interpretado.

Siento que en este momento llega hasta mí el aroma de unas rosas de Nogales, el de unas flores de Gessa y el de las de una preciosa enredadera de Fernández Nájera. Y con esta ilusión del sentido del olfato, me retiro á descansar. Son las siete de la mañana, y... creo que ya es hora de acostarse.



SEMBLANZA

Si las semblanzas pudieran abarcar la vida pública de los personajes á que se refieren, la del general O'Donnell debería llenar volúmenes, puesto que *la época de O'Donnell*, que así se la llama todavía, fué una de las más fecundas en acontecimientos de la moderna historia de España. Pero este género de trabajo tiene que limitarse á dar una idea de la vida privada, del carácter íntimo y de sucesos particulares referentes á la personalidad que la motiva. En este concepto O'Donnell apenas tiene semblanza. Oriundo de una familia militar irlandesa, que vino á España por causa de la guerra de la Independencia, parece como que heredó las cualidades peculiares á su raza, la más correcta de la nacionalidad inglesa. He dicho en otra parte, refiriéndome á Donoso Cortés, que hay hombres que siempre son niños; y digo ahora, aludiendo al personaje de quien escribo, que hay jóvenes que *saltando* sobre su edad, adquieren una madurez precoz. O'Donnell fué de éstos: apenas sintió la juventud. Ros de Olano (creo), que posteriormente figuró á su lado, le llamaba el *teniente de hielo*; pero no le definía bien; porque bajo aquel hielo se ocultaba un volcán. O'Donnell no sintió las debilidades, ni tuvo los devaneos propios de la juventud, porque desde muy temprano obedeció á estímulos que sólo se despiertan en la edad madura. Fué una clara inteligencia en una perseverante voluntad: todo lo que fué casi se lo debió á sí propio, y he dicho casi porque todos los que se encumbran son ayudados. Bismarck, que no osó atacar al imperio francés, que *se echó atrás* en la cuestión de la candidatura al trono de España, que quiso supeditar á los católicos alemanes para después someterse á ellos hasta cierto punto; el *canciller de hierro*, que siempre tuvo una política vacilante, nada hubiera podido hacer sin la pericia de Moltke y el empuje del ejército alemán. Cavour constituyó la nacionalidad italiana, porque se la dieron hecha, primero los franceses y después las circunstancias.

He dicho antes que O'Donnell apenas tiene vida privada, porque la reduce á exiguas proporciones: era casi una impersonalidad. Sin vicios, unido á una señora tan juiciosa como él (injustamente tildada de avara y dominante), no sintiendo necesidad de lujo, ni siquiera de comodidades, su hogar era un dechado de tranquilidad, orden y sentido moral. Un escritor ha dicho que Napoleón I, en el apogeo de su gloria y no obstante residir en las Tullerías, tenía poca casa: esto es, que acostumbrado á las contingencias de la guerra, en la que se lo jugaba todo, se aburría en la inacción fastuosa de su corte é inventaba pretextos

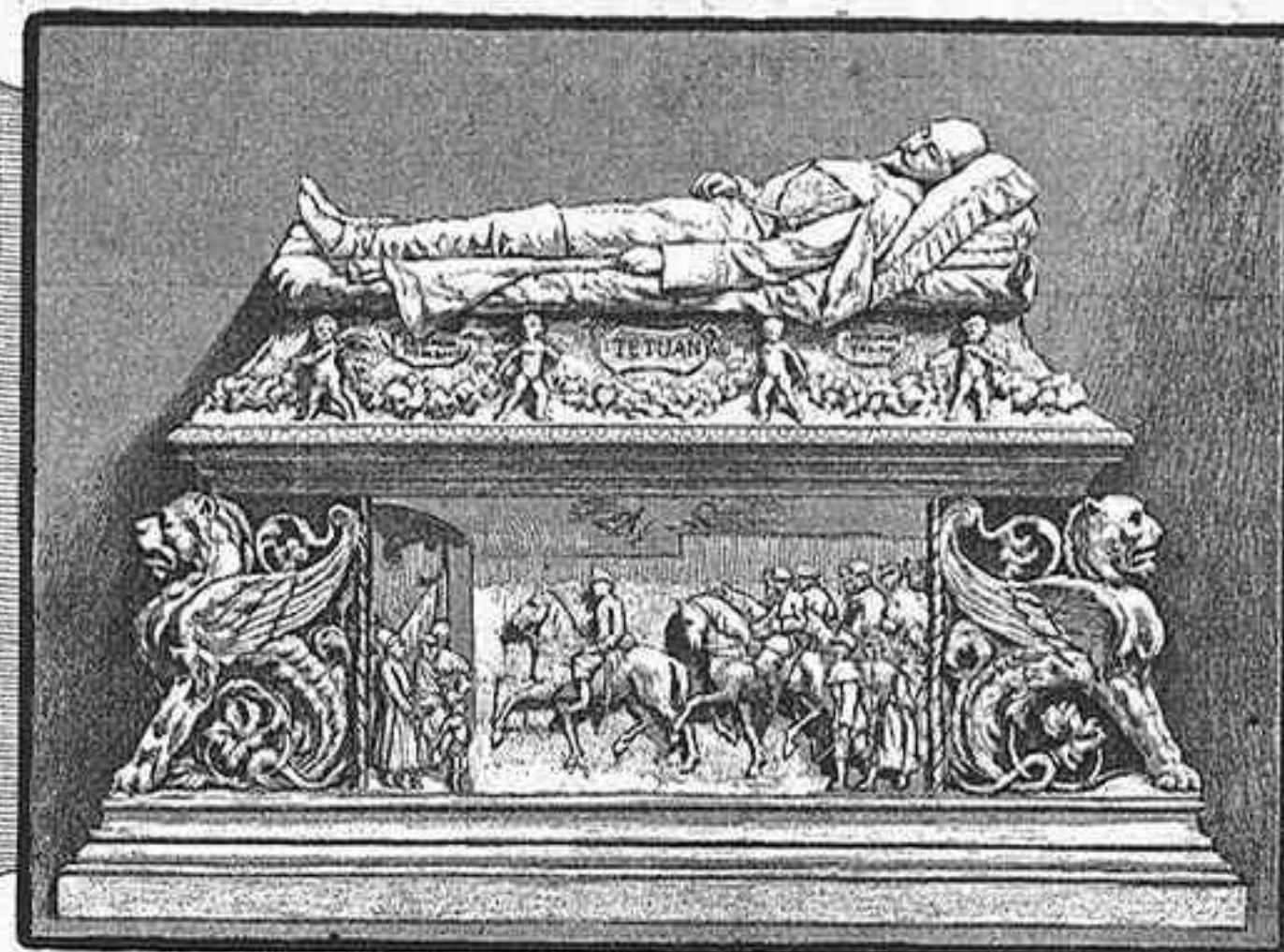
para alejarse de ella. En el carácter de O'Donnell había algo de Napoleón, según he oído á personas inteligentes y observadoras que le trataban con la poca intimidad con que él se dejaba tratar. Pero respecto á conciencia, O'Donnell fué superior al emperador francés. Éste todo lo supeditaba á su ansia de dominación y de batallas, sacrificando cientos de miles de hombres á sus cesáreos antojos; O'Donnell se detenía por humanidad y patriotismo en sus ambiciosos proyectos. He oído de labios del susodicho general Ros de Olano que el vencedor de la guerra de Africa acariciaba dos grandes ideales: la conquista de Marruecos y la de Portugal, que á haber sido un monarca absoluto hubiera tal vez realizado. Pero en el derecho moderno no caben ya ciertas empresas. Además, en el fondo del carácter de O'Donnell había cierta levadura de cansancio y de desdén por el triunfo conseguido. Se asemejaba á esos enamorados dispuestos á sacrificarlo todo por una mujer, y que cuando la consiguen parece como que dicen para sus adentros: «¡Bah, no merecía la pena de haberme afanado tanto!»

Es imposible encontrar seres más antagónicos, más *antípodos* que los dos hombres políticos que durante una larga época alternaron en la gobernación del Estado. O'Donnell, de aspecto que revelaba su procedencia extranjera, reservado (frío en la apariencia), dueño siempre de su palabra y de sus nervios, sonriéndose á veces con una sonrisa de esfinge, tan poco expansivo que costaba trabajo *entrever* su pensamiento: Narváez, de tipo genuinamente español, ardiente, arrebatado, arrollándolo todo, expresando inconscientemente más de lo que pensaba. O'Donnell, monárquico de cabeza; Narváez, realista de corazón. Aquél, contentándose en política á tiempo; éste, disparándose también con oportunidad. Uno, todo fuego; el otro, cálculo todo. El primero, deseando el poder por vanagloria; el segundo, por necesidad de expansión de espíritu. O'Donnell, casi asceta; Narváez, libertino. Éste era el alma de la ambición; aquél, la ambición sin alma.

Sin embargo, coincidían ambos en dos cosas: en el valor personal y en su inflexibilidad en lo referente á disciplina militar. Cuando la sublevación de los artilleros, O'Donnell tuvo que ser cruel á pesar suyo, y Narváez generoso, porque su realismo se sobrepuso á su rigor ordenancista.

O'Donnell no tenía previsión política, aunque sí tacto y firmeza para consolidar las situaciones que se le venían á las manos. En el año 1841, desconociendo la situación del país, siendo capitán general de Navarra, se sublevó á ciegas á favor del atrevido golpe de Estado intentado por el general León; en el año 1854 le salvó el manifiesto de Manzanares.

Un hombre de Estado que ocupa en la actualidad un puesto preeminente, ha dicho de O'Donnell «que era tan amable con sus amigos como temible para sus enemigos,» y á mí ambas cosas no me parecen enteramente exactas. O'Donnell consecuente y formal en sus amistades, prodigando favores á sus adeptos, era, como ya se ha dicho, frío y reservado en su trato, exceptuando á dos personas con las que se espontaneaba de modo excepcional: eran éstas Calvo Asensio, director del periódico *La Iberia*, y Fernández de los Ríos, propietario de *Las Novedades*. Con estos dos periodistas, á quienes el general apreciaba en sumo grado, daba de mano á sus nebulosidades de pensamiento y expresaba sus convicciones íntimas. El tener yo relaciones literarias con Fernández de los Ríos, me proporcionó la satisfacción de hablar (una sola vez en mi vida) con el caudillo de



J. Diez 25

la guerra de Africa. Era la época de la intervención en México de Francia, Inglaterra y España aliadas: la expedición militar aún no había llegado á su destino, y Fernández de los Ríos, con previsión casi profética, mostrábase receloso de que Francia quisiera hacer valer su preponderancia.

«Es natural — dijo O'Donnell, — porque es la que pone más carne en el asador; pero no pudiendo nosotros aspirar á la supremacía, esto nos favorece. Francia establecerá su protectorado en México y quizá sustituya la República por una monarquía (lo que nosotros no podemos hacer) y ambas hipótesis nos convienen. Sobre todo, lo importante, lo que es el pensamiento de Napoleón y también el mío, es que Europa ocupe un puesto avanzado en América para atender á las contingencias del porvenir.»

Y sin embargo de estas palabras, que oí de labios de O'Donnell, éste aprobó la retirada de México del general Prim: tal era su política: no obstinarse contra los hechos consumados aun cuando le contrarian. La política de O'Donnell rehuía las complicaciones.

Cuando se declaró la guerra á Marruecos, murmuró que el Presidente del Consejo de ministros español habíala provocado injustamente y por miedo personal en honores: Calvo Asensio me dijo á este propósito: «El general, en efecto, deseaba la grandeza de España; pero su principal propósito fué levantar á ésta de su postración, dar ocasión á que el ejército demostrase sus cualidades, y se reanimara la opinión pública un tanto decaída.» O'Donnell lo consiguió, y aunque con pesar, detúvose en sus victorias, junto á los muros de Tetuán; porque ya lo he dicho, en el fondo de su ánimo era justo y generoso: tanto es así, que alguna vez su generosidad haciale vacilar en su política. Supo y pudo evitar el pronunciamiento de los artilleros en Madrid: sus buenos instintos le impulsaban á lo primero; pero la conveniencia de hacer un escarmiento militar prevaleció en él, y dejó que estallara la insurrección.

En cambio, en la que llevó á cabo Prim posteriormente inclinóse á la clemencia: se dijo entonces que O'Donnell habíale dejado ganar la frontera, y fué verdad, aunque por muchos desmentida.

Pero no siendo propio de este lugar, dejo á un lado la personalidad política del duque de Tetuán, y voy á hablar de un breve periodo, único, íntimo y por decirlo así pintoresco en la vida de aquél. Pocos le conocen, y por lo mismo quizá resulte interesante.

En el año 54, llamado en rebeldía y escondido, el ya conde de Lucena esperaba la sublevación ó pronunciamiento militar que no tardó en llevar á cabo el general Dulce. O'Donnell se ocultaba en Madrid, y para esto tenía varios asilos. Su primera guarida fué la casa de Fernández de los Ríos, director del periódico *Las Novedades*; pero por ser ésta muy conocida, hubo necesidad de proporcionarle otras: yo tengo noticias de dos: una en la calle del Barquillo y otra en la de Eguiluz; en esta última pasó el episodio que voy á referir, último de aquel accidentado *salto de mata*, que prueba una vez más el influjo de las pequeñas causas en los grandes destinos. Napoleón I, ya internado en Rusia, iba en trineo, con sólo dos ayudantes, á reunirse á la vanguardia de su ejército, mandada por Ney, que se hallaba en los alrededores de Wilna, porque sabía que éste debía ser atacado al día siguiente por un ejército ruso; y aunque admiraba mucho el esfuerzo de su mariscal, *el valiente de los valientes*, respecto á estrategia el emperador sólo se fiaba de sí propio. En la mitad del camino rompióse el vehículo imperial y se quedó cojo el caballo delantero. Napoleón votaba de desesperación; pero la Providencia ó la casualidad separó un conductor

de trineos de alquiler que volvía de Wilna, que era polaco, y que en calidad de tal tuvo una satisfacción en conducir al soberano francés, que llegó á tiempo, puesto que la batalla estaba ya empezada y Ney comprometido. El gran capitán enderezó las cosas y pudo evitar un desastre que quizá hubiera sido general á todo el ejército invasor.

de Isabel la Católica; y por esta circunstancia de tener dos salidas, los adeptos del general creyeronle más seguro que en cualquiera otra parte en el cuartucho del remendón.

Pero contaban sin la huésped: esto es, sin la policía, que en aquella época era activa é inteligente y que buscaba á O'Donnell con eficacia. Ocho horas

como el pilluelo de París de Víctor Hugo, la aspiración de derribar á todo gobierno constituido. Aunque el zapatero no se había franqueado con él, el alcantarillero husmeó que en la vivienda de aquél se guarecía algún personaje. Encontróse en el portal con el zapatero que salía á observar la calle, el peligro hizo más expansivo al remendón, enteró á su vecino de lo



El paraguero remendón, cuadro de E. Menta (Salón de París. 1895)

Pues bien: aun cuando O'Donnell, como he dicho antes, debió casi á su propio esfuerzo todo lo que fué, tuvo también su pequeña Providencia en un momento supremo. La víspera del pronunciamiento de Dulce al frente de la caballería, hallábase el futuro duque de Tetuán escondido en una casa de la calle de Eguiluz, en el cuarto de un zapatero remendón, patriota liberal, que establecía su tinglado en el portal de la casa. La cueva de ésta tenía comunicación con otra, perteneciente á un edificio antiquísimo que era casa solariega de un título de Castilla partidario de O'Donnell y que hace poco han derribado, situada en la calle

antes del pronunciamiento de la caballería, que se verificó al romper el día, el conde de Lucena esperaba el acontecimiento en casa del zapatero, á tiempo que llegó éste sobresaltado, exclamando: «¡Todo se lo llevó Pateta; nos han dilatado!, hay un grupo de polizontes en la calle de Isabel la Católica, de seguro conocen la comunicación y no tardarán en venir aquí.» Entonces intervino la Providencia, que como á Napoleón en Wilna, reservaba á O'Donnell para otras empresas. Vivía en el piso bajo de la casa un capataz de la ronda de alcantarillas, que sin pertenecer precisamente á ningún partido político, tenía siempre,

que pasaba y éste le dijo: «No tenga cuidado, tocayo (ambos se llamaban Vicente), yo sacaré de la casa á ese señor.» Y en efecto, cumplió su palabra. La cueva de su cuarto tenía comunicación con la alcantarilla, que él conocía al dedillo. Trabajando él, el zapatero, un hijo de éste y hasta el mismo O'Donnell á destajo, abrieron boquete en dos *sibiles de acometimiento*, que así se llaman los tabiques medianeros que separan unas alcantarillas de otras, y el futuro conquistador de Tetuán pudo salir (no muy limpio) por una boca de alcantarilla del callejón de Leganitos, abierto hoy día al tránsito. Y salió á buen tiem-

po; pues mientras él huía subterráneamente, la policía registraba con minuciosidad todos los cuartos de la casa de la calle de Eguiluz.

El alcantarillero llevó a O'Donnell a casa de un primo suyo que tenía un juego de bolos en un solar próximo a Chamberí. Allí pasó el general el resto de la noche, y desde allí quizá debió oír con fruición el toque de diana del cuartel de San Gil, precursor del

de Dulce; pero posteriormente figuró mucho como corredile del general Prim en la emigración. Sabido esto, paso a decir que reunidas ya en Vicálvaro las fuerzas sublevadas y con ellas el general O'Donnell, hallábase éste muy preocupado; pues habiendo faltado a su compromiso dos batallones iniciados en el pronunciamiento, sólo podía disponer de caballería. Hizo alto, pues, en Vicálvaro, esperando los acon-

- ¿Cuántas plazas tiene?
 - Todas las necesarias: dama matrona, dos damitas jóvenes, una característica y otra suplente...
 - Ros de Olano, interrumpió O'Donnell, haga usted el favor de llevarse a este hombre y que le fusilen detrás de una tapia.
 Por supuesto que la orden no se cumplió. Los chuscos que referían esta presentación de don



La muralla (1218), cuadro de Juan Pablo Laurens (Salón de París. 1895)

pronunciamiento del general Dulce, con el cual, disfrazado de cura, se reunió en Vicálvaro.

El episodio que acabo de narrar prueba que no hay grande que en ciertas circunstancias no sea pequeño, ni pequeño que en momentos dados no sirva de mucho a los grandes. Aquí encaja como de molde, y si no hago yo que encaje, una anécdota que se refirió por aquel entonces, no sé si en son de burla, pues es algo inverosímil. Bullía a la sazón un tal don Romualdo Lafuente, conspirador de oficio y empresario de teatros de provincia, por incidencia y cuando su peculio se lo permitía. Ocupado quizá en sus asuntos particulares, no intervino en el pronunciamiento

tecimientos y a ver si los comprometidos se decidían a secundarle. Paseaba inquieto por las afueras del pueblo, mirando ansiosamente hacia Madrid, cuando se le presentó el general Ros de Olano acompañado de un sujeto, y le dijo:

- Presento a usted a D. Romualdo Lafuente, que viene a reunirse a nosotros con la compañía de Toledo.

La palabra *compañía* sonó a O'Donnell armoniosamente: por fin iba a tener soldados de infantería. Alargó la mano a D. Romualdo y le preguntó:

- ¿Y está completa?
 - Completísima, mi general.

Romualdo con la compañía de Toledo, afirmaban que, pasado el primer momento de enojo, el conde de Lucena se rió con más espontaneidad que lo había hecho en toda su vida.

O'Donnell fué una figura notable en la historia de España. La posteridad, con sus espejismos de aumento, la agrandará más todavía con el relato de la campaña de Africa y leyendo en el sarcófago del primer duque de Tetuán, erigido en un templo de fundación real, que yace allí

En premio de insignes victorias

F. MORENO GODINO

FEDERICO SOLER

APUNTES NECROLÓGICOS (1)

Era en tiempo de la guerra de Africa, en aquella época que hoy nos parece ya remotísima, en la cual las grandes victorias alcanzadas por nuestro ejército en Marruecos, la mejora de la Administración pública y el restablecimiento de nuestro crédito moral y rentístico en el extranjero hicieron concebir á los españoles tan halagüeñas esperanzas, con harta presteza defraudadas por causas que no es del caso recordar en estos apuntes.

En aquellos momentos de patriótico entusiasmo brillaron los primeros destellos de un genio destinado á ser el gran impulsor y la viva personificación del renacimiento literario de Cataluña. D. Antonio Bergnes de las Casas, el eminente filólogo barcelonés, catedrático de griego en esta Universidad, contaba á quien quería oírle tan dichoso é inopinado descubrimiento.

Era el tal un joven destituido de conocimientos literarios, pero dotado de felicísimo ingenio, relojero de oficio y poeta por vocación, que compartía el tiempo entre el culto de las Musas y las tareas de su arte, que ejercía en una tienda de la calle de Escudillers, próxima á la de Gignás, en donde había visto la luz primera.

Sus originales y regocijadas producciones revelaban un talento observador y una riqueza de imaginación por todo extremo admirables. Fué la primera de ellas una pieza dramática asainetada que tituló *La butifarra de la llibertat*. Representóse en tertulia familiar en casa de D. Antonio Bergnes, tomando parte en su desempeño el malogrado Gonzalo Serrallera y el célebre dibujante D. José Luis Pellicer.

Al cumplir un año, día por día, del incendio del Gran teatro del Liceo, volvieron á abrirse sus puertas inaugurándose una brillante temporada, durante la cual desfilaron en sus tablas los más famosos artistas de la ópera italiana: la Barbot, la Borghi-Mamo, el inmortal tenor Mario, el barítono Grazziani, etc. Estrenóse entonces en Barcelona *El Profeta*, de Meyerbeer, obra que por el mérito extraordinario de la partitura y por el lujo inusitado con que se puso en escena obtuvo una boga extraordinaria. Nuestro poeta escribió una descripción en verso de la obra, haciendo gala de un donaire y agudeza sorprendentes. La publicó el editor D. Inocente López Bernagosi, ilustrada por Pellicer, y tuvo un éxito asombroso. No sé á punto fijo el número de ejemplares que se tiró de aquella festiva producción; pero sí recuerdo que los compradores los arrebataban materialmente á los chicos que la voceaban por la Rambla, que se hablaba de ella en todas partes y que muchos recitaban de coro los pasajes más graciosos.

Había á la sazón en Barcelona un conservatorio lírico-dramático, fundado por un buen número de inteligentes artistas y literatos, bajo la protección de una escogida sociedad, á la cual pertenecían las más distinguidas familias de esta capital y cuya sección dramática tenía por director al renombrado literato D. Manuel Angelón. Allí nació la llamada sociedad literaria catalanista *La Gata*; en la cual se estrenó en 24 de febrero de 1864, con extraordinario aplauso, *La esquella de la Torratxa*, letra de Federico Soler y música del maestro Sarriols. Era una parodia de la *Campaña de la Almudaina*, que entonces estaba haciendo furor en todos los teatros de España. Poco después publicó *La venjansa de la Tana* y *Los ous del dia*, parodias de *La venganza catalana* y de *Flor de un dia*, y *Lo Cantador*, parodia de *El Trovador*, de García Gutiérrez.

Federico Soler, conocido con el seudónimo de *Serafi Pitarrá*, se hizo popularísimo en Cataluña con estas producciones. No había en ella teatro serio ni de aficionados en donde bien ó mal no se representasen; no había una sola persona que no repitiese con más ó menos frecuencia sus chistes. Un sinnúmero de esas frases gráficas con que solía esmaltar los diálogos, dándoles una animación y un colorido sorprendentes, llegaron á hacerse proverbiales.

Pero Soler, que se sentía con fuerzas para acometer mayores empresas, no se contentó con estos triun-

(1) Entre los trabajos que al fallecer dejó escritos nuestro querido amigo y colaborador D. José Coroleu, encontráronse algunas cuartillas que contenían unos apuntes necrológicos de Federico Soler, que debió escribir á vuela pluma en uno de aquellos días en que, hace unos meses, se consideró inminente la muerte del gran dramaturgo catalán.

Acaecido hoy, por desgracia, tan triste suceso, creemos que el mejor tributo que podemos rendir á la memoria del creador del teatro regional, cuya pérdida llora con nosotros España entera, es reproducir en las columnas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA ese artículo póstumo de Coroleu, compañero de Soler y uno de los que con él más colaboraron en el renacimiento de nuestra literatura. (N. de la R.)

fos. Un impulso irresistible le llevaba á cultivar el arte difícilísimo en el cual se han immortalizado Molière en Francia, Goldoni en Italia, Bretón de los Herberos en Castilla, y escribió su primera comedia propiamente dicha: *Las joyas de la Roser*. El 6 de abril de 1866 la estrenaron en el teatro del Odeón, Roca — á quien reemplazó Fontova, — Soler y la característica señora Llorens, de la cual había dicho Romea que era tan eminente, en su género, como Máiquez y Latorre.

Esta obra data de 1865. La compuso en la pintoresca villa de Hostalrich, en donde estuvo refugiado mientras el cólera-morbo sembraba el terror por las poblaciones de la costa. Así lo recuerda una lápida clavada en el frontispicio de la casa donde se escribió aquella comedia.

Ya existía un teatro catalán. Soler, Vidal y Valenciano, autor del drama *Tal farás, tal trobarás*; Camprodón, con su *Tornada de n Titó* y *La Teta gallinayre*; Francisco de Sales Vidal antes que todos, con *Una noya com un sol* y *La malvasia de Sitjes* (2 actos), lo habían fundado sobre tan sólidos cimientos, que hasta los más escépticos hubieron de confesar que se habían equivocado al decir que no era dable escribir en catalán obras dramáticas de carácter serio y trascendental importancia.

En la temporada cómica de 1867 á 1868 el teatro catalán, después de realizada esta notable evolución que señalaba su tránsito de la infancia á la mocedad, trasladóse al teatro Romea.

Desde aquella época, el fecundísimo ingenio de Soler ha producido un sinnúmero de obras cuya mera enumeración no consienten los angostos límites de ese artículo, haciendo en ellas alarde de una flexibilidad realmente maravillosa.

En el género cómico no tuvo rival. Nadie le ha aventajado en el arte de fotografiar los tipos y las costumbres de la tierra catalana; nadie le ha excedido en la gracia chispeante de los diálogos, en la naturalidad de las agudezas, en el don de caracterizar á los personajes con el gráfico relieve de una frase afortunada.

Cuando la especial idiosincrasia de un famoso poeta castellano contemporáneo remozó una escuela pasada de moda, asombrando á la actual generación con los excesos de un trasnochado romanticismo, Soler sintió una extraña obsesión, disculpable en un dramaturgo á quien el público trató siempre como á un niño mimado. Parecióle que aquel género también él era capaz de cultivarlo. Y en efecto, lo cultivó, con aquel derroche de paradojas, aquel despilfarro de imágenes y aquel desprecio de la verosimilitud que deslumbran al espectador impresionable, haciéndole batir palmas con inconsciente entusiasmo.

Apresurémonos á decir que no había en ello ni sombra de cálculo. Por grande que fuese la buena fe del público, la de Soler era mucho mayor todavía. Como Valera, que se alaba de reirse sus propios chistes, tomábase él por lo serio sus exageraciones hasta cuando desnaturalizaba las más humanas y vivientes realidades. Era poeta hasta la medula de los huesos; mas podría decirse de él que si los dioses le permitieron cabalgar en el Pegaso, no le revelaron el arte de sujetarlo, y así le jugó muchas veces el divino corcel la mala pasada de desbocarse, arrebatándolo en vertiginoso vuelo á los espacios ideales.

Sucediale lo que á muchos cantores que, por tener la voz excesivamente voluminosa, no aciertan á dominarla. Se nos dirá que esto arguye una deficiencia de la educación artística. No lo negamos; pero, por lo que respecta á nuestro poeta, nos parece mucho más justo atribuir este fenómeno á las condiciones especiales de su genio. Su achaque típico era el lirismo. De ahí aquellas larguísimas tiradas de versos que recuerdan las producciones dramáticas españolas del siglo XVII y en especial el estilo calderoniano. En el teatro moderno se expresan los afectos del ánimo con más concisión y naturalidad. Soler, que en la comedia tuvo el don de pintar con una sobriedad admirablemente vigorosa los caracteres de sus personajes, no supo desacostumbrarse en sus dramas... de esa prolijidad que siempre debilita el efecto de las escenas mejor trazadas.

Verdad es que esto no lo advertía su público. Porque Soler tenía un público suyo, que le fué siempre fervorosamente devoto; un público de apasionados admiradores que juzgaba perfectas *a priori* todas sus obras, por la sencilla razón de ser él quien las había escrito. Conste que no decimos esto en son de censura ni con el intento de rebajar en lo más mínimo el mérito del malogrado vate cuya muerte lloramos sinceramente todos los amantes de las letras catalanas. Es preciso que un escritor ó un artista tenga muchas y muy sobresalientes cualidades para inspirar tales sentimientos. Las medianías no fanatizan á las multitudes.

Cuando se goza de una popularidad como la suya es punto menos que imposible evitar el escollo del engreimiento. Creemos que cuantos hayan tratado á Federico Soler convendrán con nosotros en que fué un tipo *candorosamente orgulloso*. Nótese que hablamos de orgullo, no de vanidad, que es la presunción de los necios. Tenía el candor del niño mimado.

Tratando en cierta ocasión con varios amigos de la bellísima zarzuela de Ricardo Vega *La verbena de la Paloma*, exclamó de pronto con una ingenuidad infantil que en otro hubiera parecido un rasgo de insoportable arrogancia: *¿Creéis que no sería yo capaz de escribir una obra por ese estilo?* Los circunstantes soltaron una carcajada. Uno de ellos, viendo que le había molestado aquella risa, díjole muy oportunamente: *Pero hombre, parece mentira que digas eso. Muchos años antes que él lo has hecho ya, no una, sino repetidas veces.*

Soler, en aquel momento, no lo recordaba. Por un extraño convencionalismo, que tal vez se había forjado cuando arrebataban al público las fulgurantes creaciones de Echegaray, el drama le parecía una obra literaria de mucho más aliento y categoría que la comedia. Pero el éxito fenomenal de aquella zarzuela le hizo sentir seguramente que no es la gloria de Schiller superior á la de Molière, y experimentó una súbita comezón de volver á sus primitivas aficiones.

En cierto sentido podría decirse, usando una frase francesa, que los triunfos del prójimo le quitaban el sueño. No era envidia; era emulación: una emulación hija de la conciencia que él tenía de la extraordinaria flexibilidad de su ingenio. El famoso *anch'io sono pittore* brotaba de sus labios á cada nueva producción que se estrenaba con aplauso.

¡Pintor! ¡Vaya si lo fué! Y magistral y primoroso, siempre que se tomó la molestia de contemplar la realidad con aquellos ojos tan perspicaces que Dios le había dado, en vez de huir sistemáticamente de ella corriendo en pos de los vanos fantasmas engendrados por la alucinación de un genio exaltado.

Sus producciones forman una magnífica galería de cuadros tomados del natural y en los cuales figuraron los tipos más curiosos de nuestra sociedad, desde el humilde músico de la murga y el rústico destripaterones hasta el cacique de aldea que á modo de hidalgo de gotera goza una privilegiada posición entre sus compatriotas, y el finchado advenedizo que presume de aristócrata porque la suerte le fué propicia en los negocios.

La codicia del avaro lugareño, la bellaquería del labriego despabilado, la travesura del estudiante ingenioso, los rasgos característicos del menestral barcelonés, las ridiculeces del burgués entontecido por la fortuna se ven retratados en sus producciones con una exactitud y un donaire verdaderamente geniales.

Fuó una asombrosa fecundidad la suya. Muchos yerros se pueden perdonar al ingenio que tantas y tales creaciones produjo, al poeta que más eficazmente ha contribuído á la creación del teatro catalán y, por lo tanto, á la restauración de nuestra literatura regional, tan celebrada por los más eximios escritores extranjeros.

Por severa que sea con él la crítica, el nombre de Federico Soler deberá citarse en primera línea al trazar la historia de este notable renacimiento literario, haciendo constar que, en punto á fecundidad y talento observador, no ha habido aquí entre sus contemporáneos quien le llevase ventaja.

Soler profesaba ideas avanzadas: mas su temperamento político no fué propenso á la exageración, como podía inducir á sospecharlo su temperamento poético. Como demócrata y republicano, perteneció por convicción y por instinto al grupo de los templados. No le aquejó la ambición de figurar en este peligroso terreno, en el cual el verdadero civismo no suele cosechar sino calumnias y engaños; conducta que no fué inspirada por un cálculo egoísta, sino por una tendencia irresistible de su espíritu. Así como otros se dejan subyugar por la codicia, por el amor al juego ó por una pasión libidinosa, él tenía un apego exclusivo á la gloria literaria. Embriagábanle los aplausos, y no hubiera dado por todo el oro del mundo la ovación alcanzada en uno de aquellos estrenos que tomaban, como decimos ahora, las proporciones de un acontecimiento.

De algún tiempo acá, sus amigos advertíamos con tristeza que un achaque interior minaba su salud. Estaba lívido; su cuerpo se encorvaba, y su semblante, ordinariamente vivo y jovial, tenía una indefinible expresión de melancolía. Por desgracia, no resultaron infundados nuestros temores. Soler estaba herido de muerte. Una enfermedad implacable, una hipertrofia del corazón le arrastraba rápidamente al sepulcro.

El día de su fallecimiento ha sido un día de luto para las letras catalanas. La actual generación recor-

dará siempre su incomparable gra- cejo y su trato amable y afectuoso. La posteridad inscribirá su nombre entre los más ilustres del Parnaso español, porque Federico Soler ha dejado entre sus muchas obras un buen número de aquellas que no caen jamás en el panteón del olvido.

† J. COKOLEU

NUESTROS GRABADOS

La estrella de la mañana, cuadro de E. Sain. - Los pintores no han renunciado á los cuadros religiosos; pero la mayoría de los que á éstos se dedican los tratan como cuadros de género, con una sencillez que moderniza los asuntos y que les da cierto aspecto de novedad. Algunos hay, sin embargo, que permanecen fieles á los antiguos cánones, y entre ellos figura el artista francés Sain, cuyo lienzo *La estrella de la mañana* recuerda por su composición y por su factura las *Concepciones* de Murillo, circunstancia que en nada amengua el valor de su obra; pues beber en buenas fuentes y aprovechar las enseñanzas de los grandes maestros, siempre será cualidad muy estimable en los que al cultivo de las bellas artes se dedican.

El paraguero remendón, cuadro de E. Menta. - El protagonista de este cuadro pertenece al grupo de los que ocupan el último peldaño en la escala de sus respectivas industrias, sin que por esto dejen de prestar grandes servicios dentro de su humilde esfera: obreros ingeniosos y con pretensiones muy modestas, aceptan encargos que el encopetado industrial rechazaría, y con una paciencia inagotable y á veces con habilidad increíble hacen restauraciones inverosímiles y dejan como nuevos, es un decir, objetos que han sido por decirlo así desahuciados por los profesores de la facultad y que gracias á ellos todavía *tirarán* una temporada, ahorrando con ello á sus dueños un dispendio que no siempre están éstos en condiciones de poder hacer. El autor del cuadro que nos ocupa ha estudiado perfectamente el tipo que le ha servido de modelo y lo ha reproducido con gran cariño: la figura del viejo remendón está arrancada de la realidad y el tenderete instalado al aire libre ofrece un aspecto pintoresco con sus paraguas y sombrillas de todos colores, formas, tamaños y edades.

La muralla (1218), cuadro de Juan Pablo Laurens. - Era en 1218: el feroz Simón de Monfort, obligado á sofocar una sedición estallada en Beaucaire, dejó la ciudad de Tolosa al cuidado de su hermano y á la defensa de una guarnición del castillo. Aprovechando la ocasión el hijo del desposeído conde de Tolosa, Raimundo VI, entró por sorpresa en la plaza, cuyos habitantes aclamaronle con entusiasmo; pero en previsión del regreso del usurpador apresuráronse los tolosanos

á levantar de nuevo las murallas que por él habían sido derru- das. Esta obra de reconstrucción, que desde el cielo protegen San Miguel y Santa Catalina, es la que representa el cuadro de Laurens, que llamó la atención en el último Salón de París

y en el espíritu. Tal ha sido la concepción del artista. **En la playa, cuadro de F. Miralles.** - Este cuadro es un estudio completo del espectáculo que en estos meses



EL ENTIERRO DE FEDERICO SOLER. - PASO DE LA FÚNEBRE COMITIVA POR LA RAMBLA (de fotografía de A. Esplugas)

por su grandiosidad y por el vigor con que están trazadas las innumerables figuras y los detalles todos del lienzo, formando en conjunto una composición clara en medio de la confusión propia del asunto.

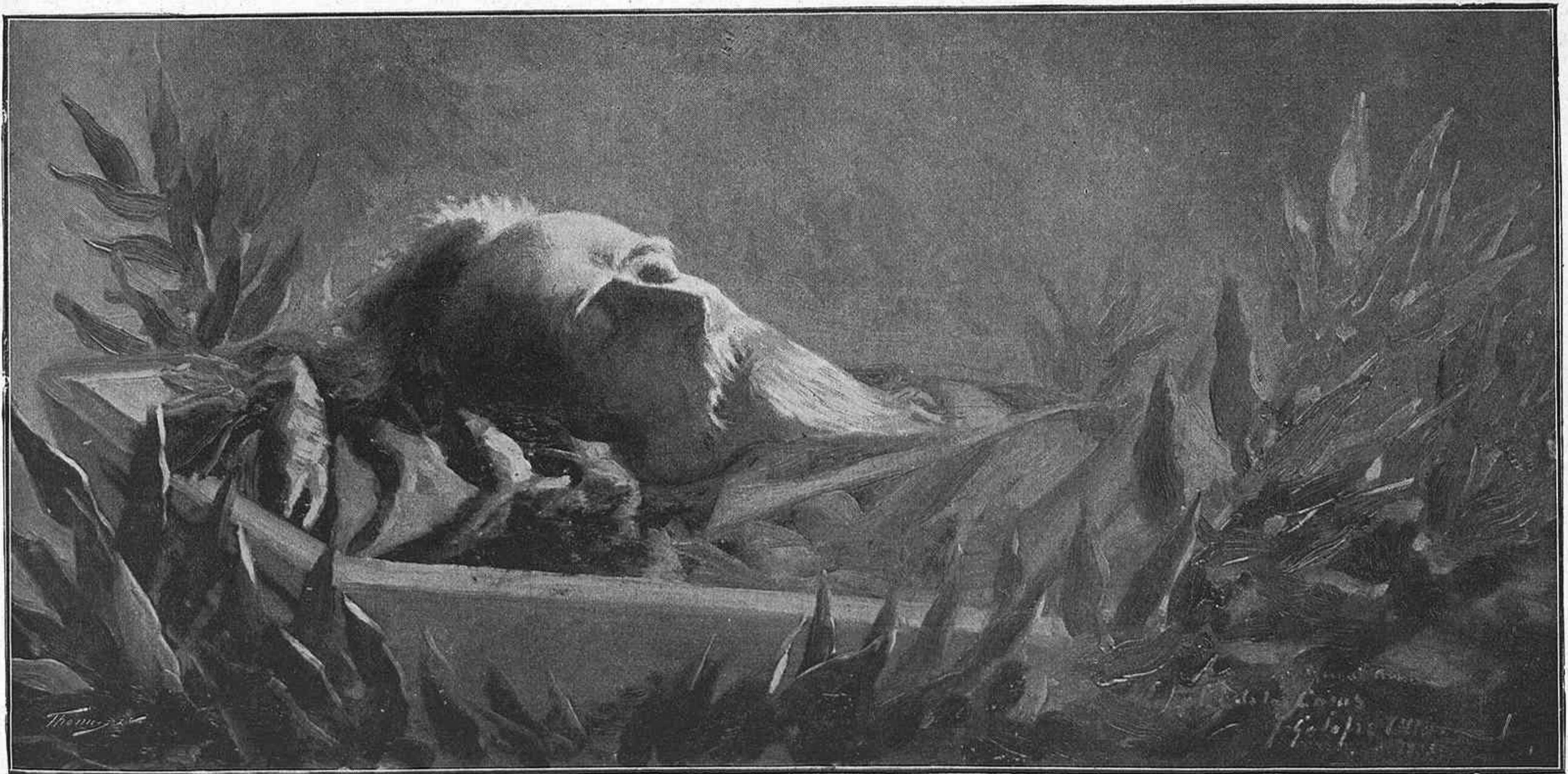
El entierro de Federico Soler. - Fué una de las más imponentes manifestaciones de duelo que ha presenciado Barcelona el entierro del eminente vate catalán. Las autoridades todas, las corporaciones oficiales y particulares, todas las clases sociales; en una palabra, la ciudad en masa, asociáronse á este acto, que resultó solemnisimo. Las calles por donde pasó la fúnebre comitiva hallábanse atestadas de gente deseosa de rendir este último tributo de cariño y respeto al que fué su autor predilecto; muchas tiendas se cerraron y muchos balcones cubriéronse con negras colgaduras, y las compañías dramáticas y líricas que actualmente funcionan en nuestros coliseos situáronse en los teatros Liceo y Principal, desde cuyos balcones arrojaron coronas y flores sobre el féretro que encerraba los restos de Federico Soler.

Cuantos honores pueden tributarse al cadáver de un hombre ilustre fueron dispensados al del gran dramaturgo, y el público, que en vida de éste le aclamó tantas veces con entusiasmo, descubriase respetuoso delante del féretro y con el corazón oprimido enviaba el postrer saludo al insigne poeta cuyo nombre figurará eternamente en las páginas de oro de los anales de la literatura catalana.

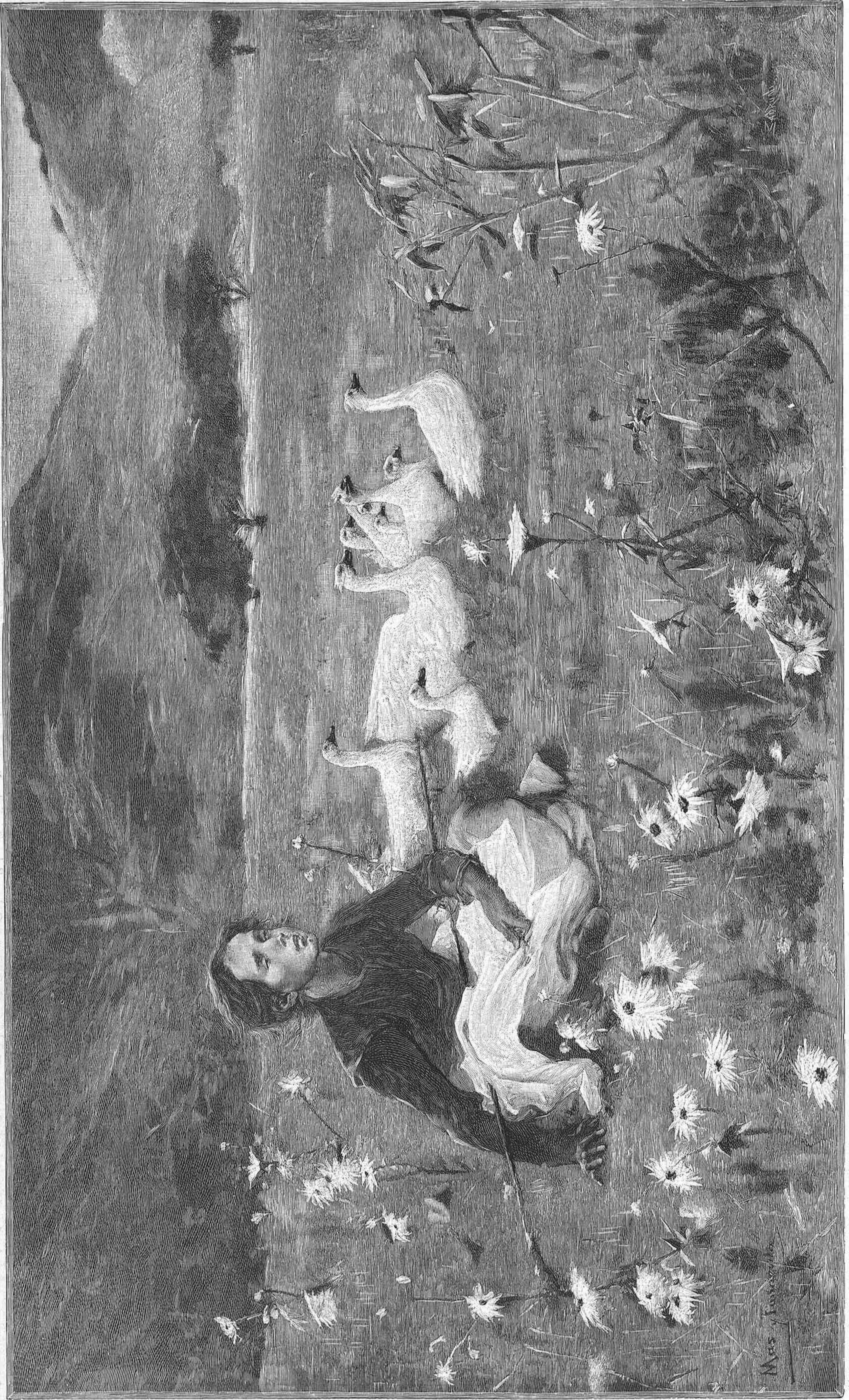
Con la reproducción de la fotografía que representa el paso del entierro por la Rambla, publicamos la del hermoso retrato que el celebrado pintor Sr. Galofre Oller hizo de Federico Soler cuando el cuerpo de éste fué colocado en la caja mortuoria.

Calma, cuadro de Arcadio Mas y Fontdevila. (Salón Parés). - No en balde se ha dicho de este distinguido pintor que es tan simpático de presencia como de estilo. Todas sus obras ostentan el sello especial que constituye su carácter, y revelan desde luego corrección en el dibujo, seguridad en los trazos, frescura en el color, elegancia en los tonos y siempre inspirada ó sentida composición. Severo y exigente consigo mismo, conviértese Mas y Fontdevila en crítico de sus propias obras, no entregándolas al dominio del público hasta que ha logrado vencer las dificultades que él mismo se ha impuesto. Estudioso y devoto ferviente del arte que con tanto provecho cultiva, procura siempre que sus obras determinen un progreso, una victoria para él, gozándose en lograr producir los contrastes no sentidos ó los variados y maravillosos efectos del color ó del trazo.

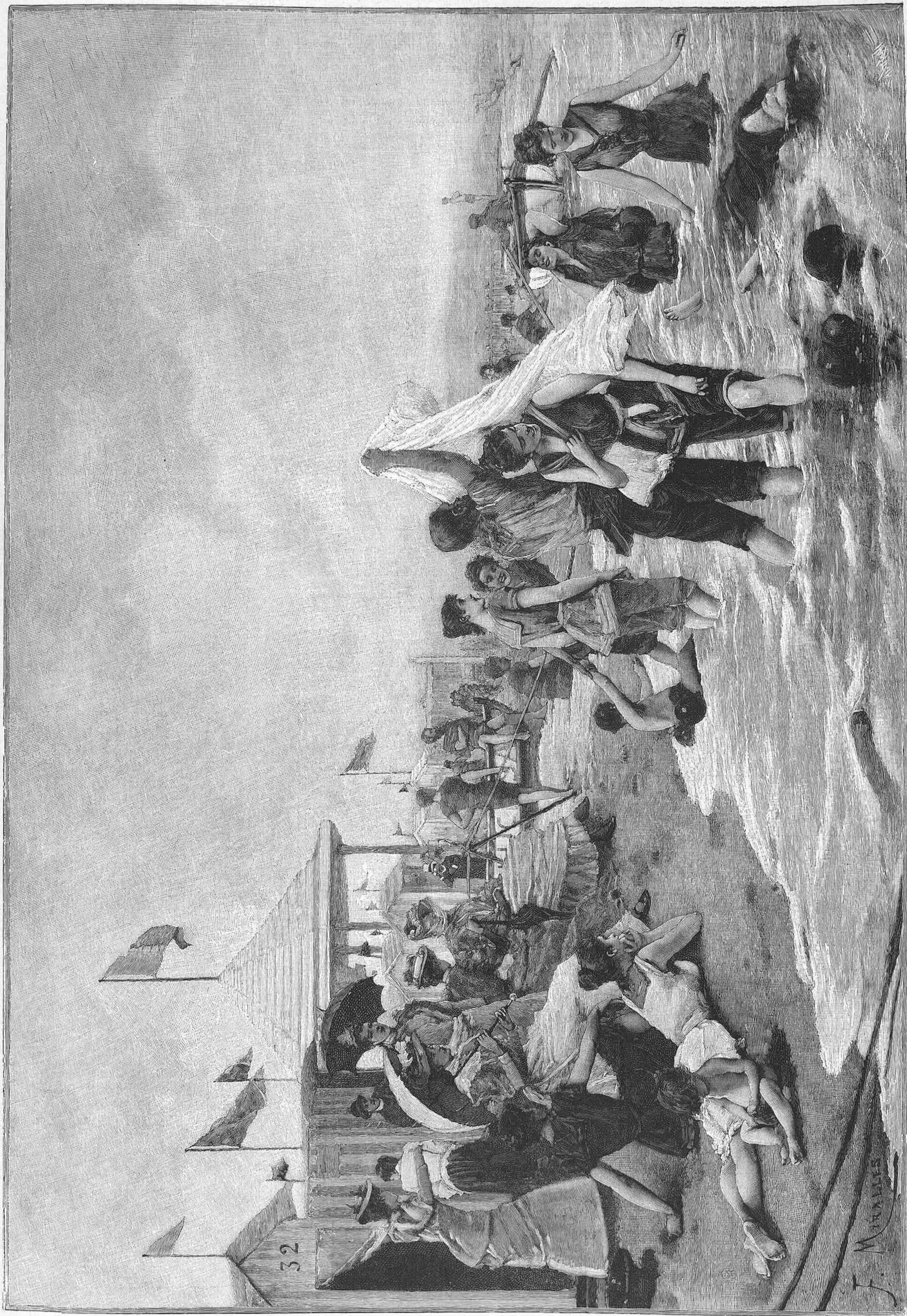
Calma es una preciosa mancha, una bella y delicada nota arrancada del natural con felicísimo acierto. *Calma* en la naturaleza



Federico Soler en la caja mortuoria, copia del cuadro pintado por Galofre Oller (de fotografía)



CALMA, cuadro de Arcadio Mas y Fontdevila (Salón París)



EN LA PLAYA, cuadro de F. Miralles, grabado por Sadurni

de verano ofrece cualquiera de las playas de moda concurridas por la sociedad elegante: bañistas de ambos sexos y de todas edades, vestidos con ligeros trajes, dentro del agua unos y disponiéndose otros á lanzarse en ella; amigos y amigas de los que se bañan, que en la orilla contemplan sus habilidades natatorias; curiosos y curiosas; el bañero que prepara la sábana en que ha de envolver su mojado cuerpo la que ha terminado su baño; el barquero cuya misión consiste en evitar abusos y acudir en ayuda de los que corren algún peligro; todos estos personajes aparecen admirablemente dispuestos en el bellissimo lienzo del señor Miralles, teniendo por escenario las tranquilas ondas, el grupo de pintorescas casetas y un cielo límpido que inunda de luz la animada escena.



El célebre pintor inglés Juan Evan Hodgson, recientemente fallecido



El célebre pintor inglés Enrique Moore, recientemente fallecido

Los pintores ingleses Juan Evan Hodgson y Enrique Moore. - En una misma semana han fallecido estos dos eminentes artistas, individuos de la Academia de Londres. Juan Evan Hodgson nació en Londres en 1831, educóse en San Petersburgo y en 1853 regresó á la capital de Inglaterra, entrando como alumno en la Real Academia: tres años después



El eminente naturalista inglés, profesor Huxley, recientemente fallecido

expuso su primer cuadro que, como todos los de su primera época, era una pintura de la vida doméstica; más adelante dedicóse á la pintura histórica, que siguió cultivando desde 1861 á 1868; pero una visita al Norte de Africa transformó de repente en pintor de escenas de costumbres moriscas, género que alternó con la marina. En 1873 fué elegido asociado y en 1879 miembro de la Real Academia.

Enrique Moore nació en 1831 en York: su padre, artista famoso por sus paisajes y sus retratos, comenzó su educación artística, así como la de sus dos hermanos Juan y Alberto, que han cultivado también con éxito la pintura. Enrique entró de alumno en la Academia y en 1853 expuso su primera obra, un paisaje, género que cultivó durante algunos años, consagrándose después á la marina; sobresalió lo mismo en la acuarela que en los cuadros al óleo, y fué tan fecundo en producir, que solamente de cuadros expuestos cuentan cerca de seiscientos debidos á su pincel. Fué uno de los primeros marinistas modernos: en 1883 fué elegido asociado y en 1893 individuo de la Real Academia. En la Exposición Universal de París de 1889 obtuvo una medalla y una encomienda de la Legión de Honor.

El naturalista inglés Huxley. - El profesor Huxley, que acaba de morir en Inglaterra, era un naturalista famoso y universalmente conocido: graduado en la universidad de Londres en 1845, entró en el cuerpo de Sanidad de la armada, y durante el viaje que hizo á Australia envió importantes monografías á la Sociedad Real. Dedicóse después á la cátedra, habiendo desempeñado la de Historia Natural en la Escuela de Minas y la de Fisiología en el Instituto Real; fué además profesor del Real Colegio de cirujanos, presidente de la Asociación Británica, rector de la universidad de Aberdeen, secretario de la Sociedad Real y profesor sustituto de Historia Natural en la universidad de Edimburgo. Ha fallecido á la edad de setenta años y deja escritas muchas y muy importantes obras científicas.

El sacamuelas, grupo de Cipriano Folgueras (Exposición nacional de 1895). - La circunstancia de haberse ocupado ventajosamente de la nueva producción del escultor asturiano D. Cipriano Folgueras nuestro distinguido colaborador D. Rafael Balsa de la Vega en la revista de la Exposición nacional publicada en el núm. 703 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, nos releva de consignar hoy nuevos juicios, con mayor motivo cuando éstos serían reflejo de los ya emitidos y por lo tanto favorables al artista y á su interesante producción.

Copa y espada de honor regaladas al príncipe de Bismarck. - Entre los regalos ofrecidos al príncipe de Bismarck con motivo del octogésimo aniversario de su

natalicio figuraron en primera línea los dos objetos que reproducimos. La copa de honor, que le regalaron los estirios, es de plata dorada con esmaltes, labrada según el dibujo que expresamente hizo el profesor Carlos Lacher, director del Museo de Industrias Artísticas de Graz: tiene 61 centímetros de altura y en la tapa álzase la figura de Estiria empuñando con la diestra una corona de laurel y apoyada la izquierda en un escudo con las armas de la capital; las cuatro figuritas que se ven debajo de aquélla representan un cazador, un minero, una vendimiadora y una pastora, simbolizando las riquezas naturales del país estirio. En la parte central hay un magnífico ornamento formado por los escudos de algunas ciudades é interrumpido por varias figuras alegóricas; debajo de éstas se ve un adorno esmaltado con la inscripción «De todos los distritos de Estiria» y otro compuesto con los escudos de quince ciudades de aquella región. En suma, esa copa de honor es un objeto verdaderamente precioso, no sólo por su riqueza sino que también por su belleza artística.

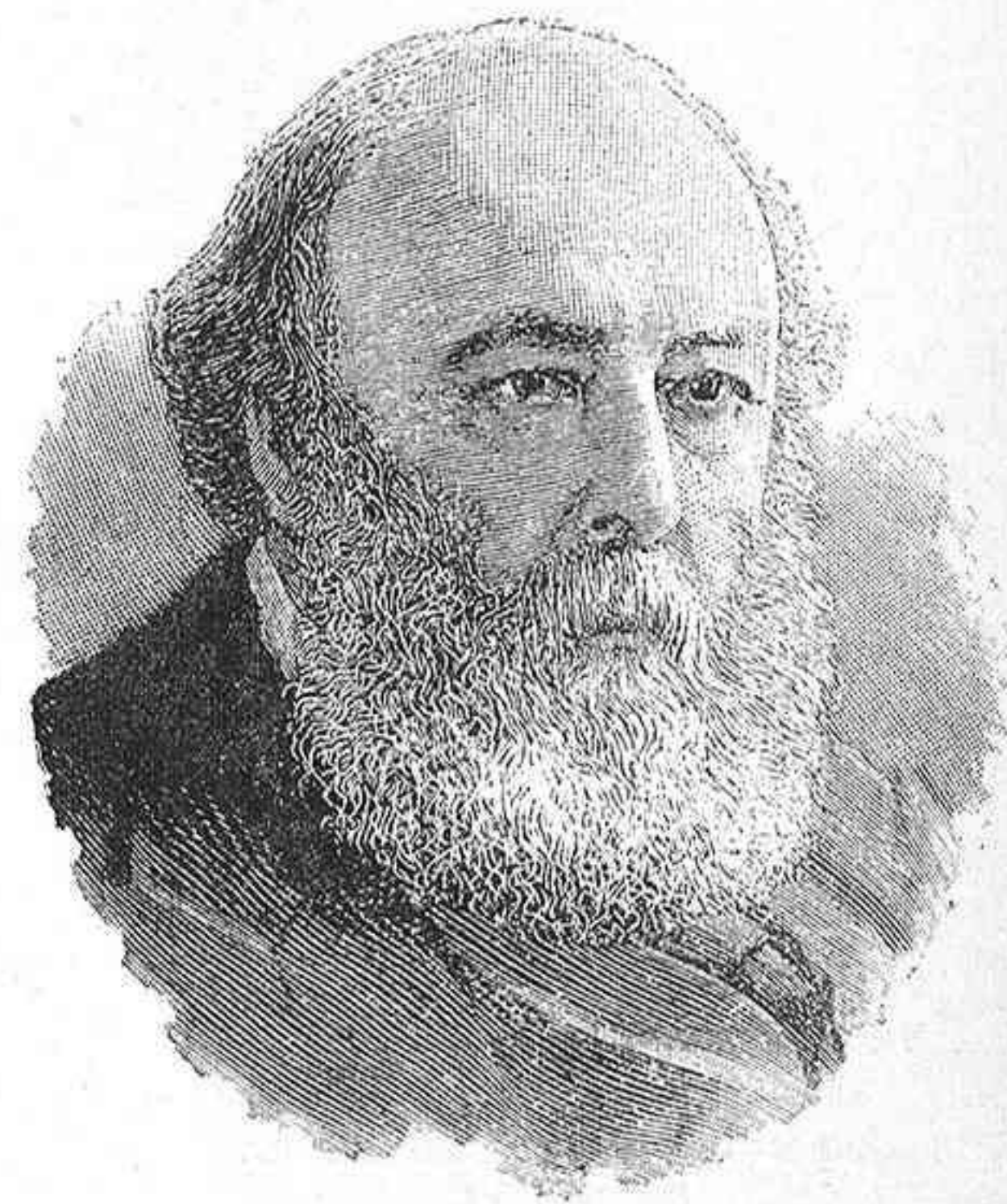
La espada, regalo de Guillermo II, constituye una obra maestra de forja alemana: el guardamano ostenta el retrato del emperador en forma de camafeo, puesto en un marco de oro cubierto de brillantes y rubíes, y las armas de Bismarck, una hoja de trébol de oro con dos de roble de plata sobre fondo azul esmaltado formando un escudo sobremontado por una corona. Detrás de este escudo una cinta ricamente ornamentada contiene la inscripción *In trinitate robur*. En la parte inferior del guardamano está el águila imperial, de cuyas alas penden las armas de Alsacia y Lorena. En una cara de la hoja hay cincelada la corona imperial sobre las iniciales del emperador y debajo de éstas dos cañones cruzados; en ella se lee la siguiente inscripción en letras de oro: «Al príncipe de Bismarck, duque de Lauenburg, con motivo de su octogésimo aniversario, en 1.º de abril de 1895.» En la otra cara se ven las armas del príncipe rodeadas por la cadena de la orden del Águila Negra con la inscripción: «Nosotros los alemanes tememos á Dios, pero á nada más en el mundo.» Esta espada ha sido ejecutada por el



Copa de honor que en el octogésimo aniversario del natalicio de Bismarck le ha sido regalada por los estirios

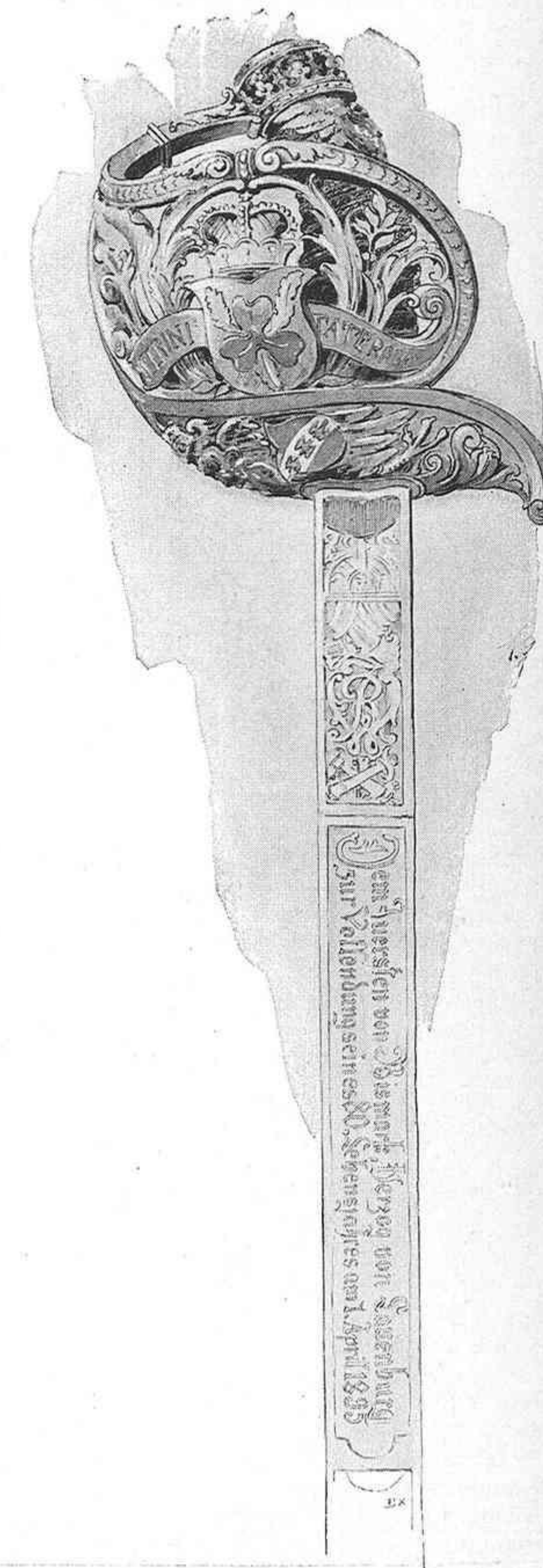
cincelador Rohloff y el grabador de la corte Otto, ambos de Berlín, según el dibujo del pintor Doepler.

El marqués de Salisbury. - La repentina caída del ministerio Rosebery ha puesto de nuevo las riendas del gobierno de Inglaterra en manos del jefe del partido conservador, marqués de Salisbury, el cual, además de la presidencia del



El marqués de Salisbury, nuevo presidente del Consejo de ministros de Inglaterra

Consejo, se ha encargado del ministerio de Negocios extranjeros. La historia política de lord Salisbury es brillantísima y empieza en 1866, año en que fué nombrado ministro de la India. Desde entonces ha ocupado elevados puestos políticos, y á la muerte de Beaconsfield el partido *tory* le confió su jefatura.



Espada de honor que en el octogésimo aniversario del natalicio de Bismarck le ha sido regalada por el emperador Guillermo II

UN BUEN TÍO Y UN BUEN CURA

NOVELA ORIGINAL DE JUAN DE LA BRETE, PREMIADA POR LA ACADEMIA FRANCESA

TRADUCCIÓN DE CARLOS DE OCHOA Y MADRAZO. — ILUSTRACIONES DE CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Mi tío lo condujo hasta la puerta del jardín y volvió lleno de cólera.

— ¡Esto no puede seguir así, Reina! ¡Es una insolencia!, tanto para mí como para ese pobre muchacho, que es tímido y al cual desconciertas completamente. ¡El Sr. Le Maltour no es hombre á quien pueda tratarse como á un muñeco! Nadie te obligará á casarte con él, pero quiero que seas atenta y amable. ¡Bien sabe Dios que, cuando quieres, tienes



¡Ay! Ya no había remedio para mis ensueños

buen lengua! Procura que así sea mañana; el Sr. Le Maltour almorzaré aquí.

— Bien, tío; hablaré, no tenga usted cuidado.
— No digas tonterías, al menos.
— Me inspiraré de la ciencia, tío, respondí con majestad.
— Cómo, de...
— No se atormenta usted, haré lo que usted desea; hablaré sin interrupción.
— No se trata, Reina...

Pero dejé á mi tío confiar su pensamiento á los muebles de la sala, y fui corriendo á buscar en la biblioteca lo que yo necesitaba para ejecutar la idea que acababa de pasarme por la cabeza. Llevé á mi cuarto la filosofía de Malebranche y un estudio sobre la Tartaria.

Malebranche por poco no me dió un ataque al cerebro, y lo abandoné para arrojarme sobre la Tartaria, que me ofreció más recursos. Hasta media noche estudié atentamente algunas páginas, y refunfuñando y renegando contra los habitantes de la Boukharia, que se disfrazan con nombres tan extravagantes. Sin embargo, logré retener algunos detalles sobre el país y muchas palabras raras cuya significación ignoraba completamente. Después me acosté frotándome las manos.

— Veremos, me dije, si el Sr. Le Maltour resiste á esta prueba. ¡Ah, mi buen tío, venceré; no lo dude usted! Y dentro de algunas horas quedará libre de ese intruso.

Al día siguiente se presentó con el aspecto de un hombre feliz y desconcertado que anda sobre agujas; pero yo le recibí con tanta amabilidad que se colocó sólidamente en un terreno natural y las inquietudes del Sr. de Pavol se disiparon.

Los de Conprat y el cura almorzaban con nosotros. Yo tenía el corazón oprimido mirando á Pablo hablar alegremente con Blanca, mientras estaba condenada á sufrir los cumplimientos tímidos del Sr. Le Maltour, cuya bonita figura me atacaba los nervios.

— He cambiado de parecer desde ayer, le dije bruscamente, me gustan mucho los viajes.

— Participo del gusto de usted, señorita, es la más inteligente de todas las distracciones.

— ¿Ha viajado usted?
— Sí, un poco.

— ¿Conoce usted á los *Kuddar*, á los *Schakird-*

Pische, á los *Usbecks*, á los *Tadjies*, á los *Mollahs*, á los *Dchbaschi*, á los *Pendja Baschi*, á los *Alamane*?, dije de golpe, confundiendo razas, clases y dignidades.

— ¿Qué significa todo eso?, preguntó el barón aturdido.

— ¿Cómo? ¿No ha ido usted nunca á la Tartaria?
— No, nunca.

— ¡No haber ido nunca á Tartaria!, dije con desprecio. ¿Conoce usted al menos á *Nasr-Oullah-Bahadin-Khan-Melic-el-Mounemin-Bird-Blac-Bloc* y el diablo?

Añadí algunas sílabas de mi cosecha al nombre de *Nasr-Oullah* para causar más efecto, creyendo que la sombra de ese buen hombre no saldría de su tumba para reconvenirme.

Mi tío y sus convidados se mordían los labios á fin de no reirse de la fisonomía del Sr. Le Maltour, que ofrecía la expresión del más completo azoramiento, y Blanca exclamó:

— ¿Pierdes la cabeza, Reina?

— No, nada de eso. Pregunto al señor si participa de mi viva simpatía por *Nasr-Oullah*, un hombre que tenía todos los vicios, según parece. Pasaba el tiempo en degollar al prójimo, en encerrar á los embajadores en calabozos donde los dejaba pudrirse; ¡en fin, estaba dotado de energía y desconocía la timidez, horrible defecto, en mi opinión! ¡Y su país!.. ¡Qué hermoso país!.. Todas las enfermedades reinan en él, y yo enviaré allí á mi marido. La tisis, las viruelas, unos vómitos que duran seis meses, las úlceras, la lepra, un gusano llamado *rishta* que lo roe á uno; para desalojarlo se...

— Basta, Reina, basta; déjanos almorzar tranquilos.
— ¿Qué quiere usted, tío? Me siento atraída hacia la Tartaria. ¿Y usted?, dije al Sr. Le Maltour.

— Lo que usted dice no tiene grandes atractivos, señorita.

— ¡Para las gentes que no tienen sangre en las venas!, respondí desdeñosamente. Cuando esté casada iré á Tartaria.

— A Dios gracias, no estarás libre, Reina.

— Es bien seguro que sí, tío; no haré más que mi propia voluntad, jamás la de mi marido. Por lo demás, lo llevaré á Boukharia para que se lo coman los gusanos.

— ¿Cómo? Para que se lo coman..., murmuró el barón tímidamente.

— Sí, señor, ha entendido usted bien. He dicho que se lo coman los gusanos, porque, á mi modo de ver, la mejor situación en la vida es la de viuda...

El alto y poderoso barón Le Maltour, aunque de una raza de valientes, no resistió á la prueba. Comprendiendo el sentido oculto de mis extravagancias *tártaras*, se fué y no volvió más.

Mi tío se incomodó, pero yo no me alteré. Hice una pirueta y con tono sentencioso le dije:

— ¡Tío, quien quiere el fin quiere los medios!

XV

Yo había cumplido mi promesa al cura, y le escribía muy exactamente dos veces á la semana. Esta costumbre le pareció tan buena, tan consoladora que, cuando interrumpí súbitamente la regularidad de mi correspondencia, se llenó de inquietud y de aflicción.

Absorbida por mis disgustos, estuve quince días sin darle señal de vida; después, cediendo á sus repetidas instancias, le dirigí varias misivas por el estilo de esta:

«El hombre es estúpido, señor cura, acabo de descubrirlo. ¿Qué piensa usted sobre este asunto? Abrazo á usted, dando al diablo miramientos sociales.»

O bien:

«¡Ah, mi querido señor cura! ¡Temo mucho haber descubierto el manantial de agua fría de que hablábamos hace tres meses! La felicidad no existe; es un engaño, un mito, todo lo que usted quiera, excepto la realidad.»

«¡Adiós; si la muerte no nos volviese tan feos, me alegraría de morir. De morir, sí, mi querido cura, ha leído usted bien.»

Él me escribió á vuelta de correo.

«Querida hija: ¿Qué significa el tono de sus últimas cartitas? ¡Hace tres semanas parecía usted tan feliz con la alegría y la gloria de sus triunfos mundanos! No, no, mi querida Reina, la felicidad no es un mito, será su patrimonio de usted; pero en este momento la imaginación la domina á usted, la exalta y le impide ver claro. No ha seguido usted mi consejo, Reina; ha abusado usted de los fuegos artificiales, ¿no es cierto? Pobrecita niña, venga usted á verme, y hablaremos juntos de sus preocupaciones.»

Yo le respondí:

«Señor cura: La imaginación es una estúpida, la vida un andrajo, el mundo un girón bastante brillante de lejos, pero bueno todo lo más para ponerlo en un cerezo y asustar á los pájaros. ¡Deseo encerrarme en la Trapa, mi querido cura! Si estuviese segura de que me sería permitido valsar de cuando en cuando con caballeros tan amables como los que yo conozco, iría seguramente á refugiarme allí y sepultar mi juventud y mi belleza. Pero creo que ese género de distracciones no está admitido por los reglamentos. Déme usted algunas noticias sobre este punto, señor cura, y convéncese usted de que no es más que un optimista cuando pretende que la felicidad existe y me está destinada. Usted tiene la vida del ratón en el queso; no quiero decir que sea usted egoísta, pero ignora las catástrofes que pueden caer sobre la cabeza de las gentes que viven en el mundo.»

«Yo no tengo ya ilusiones, mi querido señor cura. Soy una buena viejecita, melancólica, consumida, arrugada — en lo moral, se entiende, porque soy más bonita que nunca; — una viejecita que no cree ya en nada, que no espera nada, que se dice que la tierra es bien estúpida en continuar sus revoluciones cuando sus alegrías y sus ensueños han sido triturados, pulverizados, reducidos á átomos imperceptibles... Si se pudiese despojar á mi entidad moral de su envoltura carnal, que engaña la vista del observador, convengo en ello; mi entidad moral, digo, no sería más que un esqueleto, un árbol muerto, completamente muerto, desprovisto de savia, privado de todas sus hojas y tendiendo al cielo sus brazos secos y descarnados. ¡Con tal que lo moral no destruya lo físico, señor cura! ¡Ah, yo tiemblo! No tener ya la menor ilusión á diez y seis años, ¿no es terrible?»

«Hasta más ver, mi querido señor cura.»

Dos días después de haber enviado esta epístola, que debía dar al cura una idea bastante triste del estado de mi alma, mi tío decidió que iríamos á pasar una tarde en el monte *Saint-Michel*.

Aquel día tenía yo el presentimiento de que iba á ocurrir algún acontecimiento desagradable. La víspera, el comandante y el Sr. de Pavol habían tenido una conversación secreta y prolongada. Pablo parecía intranquilo, nervioso, y mi prima estaba pensativa.

Mi tío y Juno, que tenían pasión por el monte *Saint-Michel*, estuvieron muy obsequiosos conmigo; pero además de que el arte arquitectónico me interesaba muy poco, yo contemplaba las cosas á través del velo sombrío de mi mal humor.

— ¡Cuán fatigoso es subir todos esos escalones!, decía yo quejándome á cada paso.

— Nada más que seiscientos para llegar hasta lo alto, prima mía.

— ¡Tengo ganas de pararme aquí, entonces!

— ¡Vamos, querida sobrina, qué diablos, no tienes la gota!

Y mi tío, al subir aquellas gradas, holladas por los pasos de tantas generaciones, me contaba la historia del monte y el incidente de Montgomery.

— ¡Pero qué me importaba á mí aquel Montgomery, aquellas murallas, aquella abadía maravillosa, aquellas salas inmensas, aquellos múltiples recuerdos que duermen allí hace siglos! Yo me hubiera guardado bien de despertarlos, porque tenía que observar cosas cien veces más interesantes en la cara de aquel joven que rodeaba á Blanca de cuidados, de atenciones, y sin embargo no pensaba en mí!

¡Qué estúpida era yo! ¡No haber visto su amor más pronto! Él se extasiaba, para agradaarla, ante la piedra más insignificante, y de cuando en cuando yo le

lanzaba algunas miradas sombrías que él no se dignaba siquiera advertir.

— ¡Ah! Henos aquí en la sala de los caballeros. Veamos, Reina, ¿qué dices de ella?

— Yo digo, tío, que si los caballeros estuviesen ahí, esta sala tendría un gran mérito.

— Tú no se lo encuentras por sí misma.

— ¡Oh! De ningún modo! Yo veo grandes chimeneas, columnas con adornos esculpidos en lo alto, pero sin los caballeros á quienes poder hacerles perder un poco la cabeza... ¡Psh! Eso no significa absolutamente nada.

— No se me había ocurrido esa manera de considerar la arquitectura feudal, respondió mi tío riéndose.

Atravesamos corredores oscuros que me causaban miedo.

— ¡Vamos á rompernos la cabeza!, dije con voz lastimera cogiendo el brazo del comandante, mientras Pablo ofrecía el suyo á Blanca.

— ¿Estamos afligidos, Reina?, me dijo el comandante, muy bajo.

— Usted habla como el señor cura, respondí conmovida.

— Veamos, ¿quiere usted tener confianza en mí?

— Yo no estoy afligida, repliqué bruscamente, y no tengo confianza en nadie. Suzón me ha dicho que los hombres no valían nada, y yo participo de la opinión de Suzón.

— ¡Oh, oh!, dijo el comandante mirándome con semblante tan bondadoso que temí prorrumpir en sollozos: ¡tanta misantropía unida á tanta juventud!

No respondí nada, y como íbamos á llegar á una especie de largo terrado, me escapé y corrí á ocultarme detrás de un enorme arco. Apoyé la cabeza en una de aquellas piedras seculares y me eché á llorar.

— ¡Ah, pensaba yo, cuánta razón tenía el señor cura al decirme, hace mucho tiempo, muchísimo tiempo ya, que no se discute con la vida, sino que se la sufre! Toda mi lógica no sirve de nada ante las circunstancias. ¡Cuán triste es, Dios mío, cuán triste es verse tratada como una niña sin importancia!

Y miraba, á través de mis lágrimas, aquellas playas tan alabadas que me parecían desiertas, aquel monumento cuya altura me oprimía y me causaba el vértigo; pero, sin saber por qué, yo experimentaba una especie de alivio con la afinidad misteriosa de una naturaleza triste con mis propios pensamientos, con la contemplación de aquellas grandes murallas que proyectaban sus grandes sombras melancólicas sobre la tierra y sobre el pasado.

Al volver á casa, cuando estuvimos en el tren, mi tío me dijo:

— Y bien, Reina: en suma, ¿cuál es tu impresión sobre el monte *Saint-Michel*?

— Me parece muy bueno para morir en él de miedo y para coger dolores reumáticos.

Siguiendo el camino que conduce de la estación de V... al Pavol, pensaba en la poca estabilidad que tienen las cosas de aquí abajo. Apenas hacía tres meses recorría el mismo camino bajo la influencia de mis felices ensueños, en la embriaguez de mis pensamientos alegres sobre ese porvenir que yo creía tan hermoso... ¡y ahora la ruta me parecía cubierta con las ruinas de mi felicidad!

Era bastante tarde cuando llegamos á la quinta; sin embargo, mi tío se llevó á Blanca á su habitación, diciéndole que quería aquella misma noche hablar seriamente con ella.

Yo me acosté llorando de todo corazón, con la convicción de que la espada de Damocles estaba suspendida sobre mi cabeza.

Hacía largo tiempo, Juno se había humanizado conmigo. Todas las mañanas venía á sentarse en mi cama y hablábamos indefinidamente. Al día siguiente, á las siete de la mañana, entró en mi cuarto con porte sereno, tranquilo y aquella sonrisa encantadora que transfiguraba su fisonomía altiva y que yo sola quizás conocía bien.

— Reina, me dijo en seguida, Pablo me pide en matrimonio.

El hilo estaba roto y la espada de Damocles me cayó en el pecho. ¡Qué desprovisto de sentido común estaba aquel rey para atar una masa tan pesada con un simple hilo! ¿La historia no habla de un cabello? No lo extrañaría.

Yo esperaba sin duda esta revelación; pero en tanto que un hecho no está probado, realizado, ¿cuál es la criatura humana que no conserva un poco de esperanza en el fondo de su corazón? Yo me puse pálida, tan pálida que Blanca lo notó, aunque el cuarto estaba sumergido en una semiobscuridad.

— ¿Qué tienes, Reina? ¿Estás mala?

— Un calambre, murmuré con voz débil.

— Voy á traer éter, dijo ella levantándose vivamente.

— No, no, respondí haciendo un violento esfuerzo para asirme á mi altivez que me abandonaba. Ya se pasó, Blanca, se pasó completamente.

— ¿Experimentas ese malestar con frecuencia, Reina?

— No, únicamente alguna vez. No es nada, no habremos más de ello.

Blanca pasó la mano por su frente como una persona que desea desechar una idea importuna. Pero yo reanudé la conversación con una voz tan firme que me pareció desembarazada de su inquietud.

— ¡Y bien, Juno! ¿Qué piensas hacer?

— Mi padre me ha dicho que este casamiento colmaría todos sus deseos, Reina.

— ¿Eso te agrada?

— El casamiento me agrada, evidentemente: todas las ventajas están reunidas; pero hasta aquí yo no amo á Pablo más que como á primo.

— ¿Qué tienes que reprocharle?

— No le reprocho nada, sino es el no agradarme bastante. Es un excelente joven, pero no me gusta ese tipo de hombre. En primer lugar no es bastante hermoso, y en segundo ese apetito normando carece de poesía, tú convendrías en ello.

— ¡Sin embargo, es bien lógico el comer cuando se tiene hambre!, respondí reprimiendo las lágrimas.

— ¡Qué quieres! Yo creo que no nos convenimos recíprocamente.

— Entonces... ¿rehusas, Juno?

— He pedido un mes para reflexionar, Reinita. Estoy muy perpleja, porque temo una decepción para mi padre. Además, desde ciertos puntos de vista, ese casamiento reúne todo lo que yo puedo desear; en fin, el hombre es completamente apreciable.

— ¡Pero puesto que tú no le amas, Blanca!..

— Mi padre sostiene que le amaré más adelante, y además, que el amor propiamente dicho no es necesario para casarse y ser feliz en familia.

— ¡Cómo puedes creer una cosa semejante!, dije saltando de indignación. ¡Mi tío tiene verdaderamente doctrinas abominables!

Pero Blanca me respondió tranquilamente que su padre estaba lleno de buen sentido, que había observado muchas veces que se equivocaba poco en sus juicios, y que ella se sentía dispuesta á escucharle.

— ¿Pablo te ama mucho, Juno?, refunfuñé entre dientes.

— Sí, hace mucho tiempo.

— ¿Tú lo sabías?

— ¡Sin duda! Una mujer sabe siempre esas cosas. ¿Y tú no lo habías notado?

— Sí... un poco, respondí pensando melancólicamente en mi estupidez.

Blanca me dejó después de haberme explicado que Pablo no había pedido antes su mano porque temía una negativa.

¡Eso era en efecto lo que yo creía! Y me vestí febrilmente, pensando que, instigada por su padre, ella concluiría por dar su consentimiento.

¡En su lugar, yo hubiera dicho que sí en un segundo, y quince días después me hubiera casado!

¡Ay! Ya no había remedio para mis ensueños... y caí en un grande abatimiento.

XVI

Se convino que Pablo estaría algún tiempo sin venir al Pavol, y cosa que me pareció increíble, inaudita, Blanca, desde el día en que ya no le vió, pareció casi decidida á casarse con él. Nosotras hablábamos constantemente de la boda, hasta discutíamos las vistas nupciales, y yo daba pruebas de una resignación estoica, digna de los hombres de la antigüedad. Pero esta resignación no era más que aparente.

Mi abatimiento se aumentaba, el cerco de mis ojos revelaba mi fatiga, y concluí por decirme que no siendo ya soportable la vida lejos del hombre á quien amaba, lo más sencillo era irme al otro mundo.

Este proyecto evidentemente me causaba pena, pero me asía á él con ardor; lo meditaba, lo acariciaba con una alegría casi enfermiza. Sin embargo, juro por mi honor que jamás tuve la idea de asfixiarme ni de envenenarme, medios de concluir tan preferidos por los humanos de nuestros tiempos. Pero habiendo leído en no sé qué libro que una joven había muerto de pena á consecuencia de un amor contrariado, decreté que seguiría este ejemplo.

Tomada esta resolución, y confirmandome mi mala cara en mis ideas lúgubres, me pareció que, por urbanidad y por conveniencia, debía avisar al señor cura y que además yo no podía morir sin estrecharle la mano.

Bien determinado todo esto, entré una mañana en el gabinete de mi tío y le rogué que me dejase ir al Buissón.

— Mejor es decir al cura que venga aquí, Reina.

— No podrá, tío; jamás tiene un céntimo disponible.

— Es poco divertido el conducirte allí.

— No venga usted, tío, se lo ruego, me incomodaría mucho. Deseo ir sola con la vieja ama de llaves, si usted lo permite.

— Haz lo que quieras. Mi coche te conducirá hasta C..., donde será fácil hallar un vehículo cualquiera para llevarte al Buissón. ¿Cuándo quieres marchar?

— Mañana por la mañana, temprano, tío; deseo sorprender al cura y dormiré en el presbiterio.

— Vamos, bueno. Te enviaré el coche dentro de dos días. Estarás en C... pasado mañana hacia las tres.

Mi tío me miró atentamente por debajo de sus pobladas cejas, frotándose la barba con ademán preocupado.

— ¿Estás enferma, Reina?

— No, tío.

— Querida sobrina, dijo atrayéndome hacia él, he llegado casi á desear que mis ideas no se realicen.

Yo le miré con asombro, porque siempre creía firmemente que él no había visto nada, y le respondí con mucha sangre fría que no sabía lo que quería decir, que yo me tenía por muy feliz y que hacía votos para que todos sus proyectos tuviesen buen éxito. Él me abrazó con cariño y me despidió.

Al día siguiente por la mañana salí del Pavol, sin querer aceptar la compañía de Blanca, que deseaba venir conmigo.

En el camino reflexioné sobre las palabras de mi tío.

«Él lo sabe todo, pensaba yo. ¡Dios mío, qué poco perspicaz soy con todas mis pretensiones! Pero aun cuando el casamiento de Juno no se realizase, ¿de qué me serviría eso, puesto que Pablo está enamorado? ¡No puede amar á otra ahora! No comprendo á mi tío.»

Yo no creía ya, como en otro tiempo, que uno pudiera enamorarse de varias mujeres. Juzgando según mis propios sentimientos, yo me decía que un hombre no puede amar dos veces en su vida, sin dar al mundo el espectáculo de un fenómeno extremadamente asombroso.

Habiendo arreglado así los latidos del corazón de la gente barbada, mis ideas tomaron otro giro, y me alegré al pensar que iba á volver á ver al cura; tomando la resolución de saltar á su cuello, aunque no fuese más que para probar mi independencia y el desprecio que profesaba á la etiqueta. Llegada al presbiterio, entré, no por la puerta, sino por el agujero de una cerca que yo conocía de tiempo inmemorial, y me deslicé con cautela hacia la ventana del locutorio, donde el cura debía estar almorzando. Esta ventana era muy baja, pero yo era tan pequeña, que



Estaba á la mesa y comía...

para mirar el interior de la sala tuve que subirme en un tronco de árbol colocado junto á la pared, en guisa de banco.

Asomé la cabeza con precaución por en medio de la hiedra que rodeaba á la ventana formando un espeso marco, y vi al señor cura. Estaba á la mesa y comía con aspecto triste; sus mejillas habían perdido una parte de sus colores y de su forma redonda: sus abundantes cabellos blancos no estaban en desorden como en otro tiempo, sino aplastados sobre la cabeza con la apariencia de una desolación indecible.

— ¡Ah, mi querido cura!

Bajé del tronco, me precipité en el presbiterio perdiendo el sombrero, y entré como una bomba en el locutorio.

El cura se levantó azorado; su amable, su excelente figura resplandeció de alegría al verme, y no por romper con las tradiciones de la etiqueta, sino en un arranque de viva ternura, de grande emoción, me arrojé en sus brazos y estuve llorando largo tiempo.

Sé muy bien que no hay nada en el mundo más inconveniente que el llorar entre los brazos de un cura; que mi tío, Juno y todas las ilustres viudas de la tierra, á despecho de mis antepasados, se habrían cubierto la cara con un velo ante un espectáculo tan escandaloso; pero hacía muy poco tiempo que yo estaba en la escuela de la ponderación para haber perdido la espontaneidad de mi naturaleza. Además, tengo por cierto que no hay más que los tontos, los presuntuosos y las gentes sin corazón que pretendan no sacrificar jamás nada de lo que constituye las leyes de convención á un sentimiento verdadero.

— La vida es un harapo, querido cura, un miserable harapo, dije sollozando.

— ¿A ese punto hemos llegado, querida hijita? ¡No, no, no es posible!

Y el pobre cura, que reía y lloraba á la vez, me miraba con enternecimiento, se pasaba la mano por la cabeza y me hablaba como á un pajarito herido á quien él hubiera querido curar el ala rota, con caricias y buenas palabras.

— ¡Vamos, Reina, vamos, mi querida niña, cálmese usted un poco!, me dije separándome suavemente.

— Tiene usted razón, respondí guardando el pañuelo en el bolsillo. ¡Hace tres meses me predicaban la calma y apenas he aprovechado las lecciones, según usted ve! Comamos, señor cura.

Me quité los guantes y el paletot, y por uno de esos cambios tan frecuentes en mí hacía algún tiempo, me eché á reír y me senté á la mesa.

— Cuando hayamos comido hablaremos, mi querido cura. Estoy muerta de hambre.

— ¡Y yo que no tengo casi nada que dar á usted!

— ¡Tiene usted judías, y me gustan mucho! Y pan de familia, que es delicioso.

— Pero usted no ha venido sola, Reina.

— ¡Ah, es verdad! No me acordaba. El ama de llaves ha quedado encaramada en el coche, detrás de la iglesia. Envíe á buscarla, señor cura, y que le digan que recoja mi sombrero que se pasea en el jardín.

El bueno del cura fué á dar sus órdenes y vino á sentarse enfrente de mí. Mientras yo comía con mucho apetito, á pesar de mi tisis y mis penas, él no pensaba ya en almorzar y me contemplaba con una admiración que en vano trataba de disimular.

— Me encuentra usted embellecida. ¿No es verdad, señor cura?

— Sí... un poco, Reina...

— ¡Ah, mi querido cura! ¡Si yo fuese á confesarme, qué grandes pecados tendría que decirle! Ya no son los pecadillos de otras veces, que usted conoce bien.

Y sin cesar de comer, le hablaba de mis gustos frívolos, de mis impresiones, de mis trajes, de mis ideas nuevas, mientras él se reía, tomando rapé sin interrupción, con su antigua alegría expansiva y mirándome sin pensar seguramente en reírme.

— ¿No estoy en camino del infierno, señor cura?

— No lo creo, hija mía. Es preciso ser joven cuando uno es joven.

— ¡Joven, mi pobre cura! ¡Si usted pudiese ver el fondo de mi alma! ¡He escrito á usted que yo no era ya más que un esqueleto, y efectivamente es verdad!

— En todo caso, no lo parece.

— ¡Habla de eso dentro de un instante, señor cura, y ya verá usted!

Cuando estuve harta, la criada levantó la mesa, se encendió un buen fuego y nos sentamos cada uno á un lado de la chimenea.

— Vamos, Reina, hablemos seriamente ahora. ¿Qué tiene usted que decirme?

— Aproximé mi piecico á la llama del hogar y respondí tranquilamente.

— Señor cura, yo me muero.

El cura, un poco sobrecogido, cerró bruscamente la caja de tabaco en la cual iba á introducir los dedos.

— No tiene usted traza de morir, querida niña.

— ¡Cómo! ¿No ve usted mis ojos tristes, mis labios pálidos?

— Nada de eso, Reina. Los labios están encarnados y la cara está rebosando de salud. Pero ¿de qué muere usted?

Antes de responder, miré alrededor de mí, pensando que iba á pronunciar una palabra que aquella sala modesta no había jamás oído resonar entre sus muros miserables; una palabra tan extraña, que el antiguo reloj sin muelle que se levantaba en un rincón y las imágenes piadosas colgadas en las paredes iban probablemente á caerme en la cabeza en un transporte de sorpresa y de indignación.

— ¿Y bien, Reina?

— Y bien, señor cura, ¡me muero de amor!

El reloj, las imágenes, los muebles conservaron su inmovilidad, y el cura mismo no hizo más que dar un saltito de carpa.

— Estaba seguro, dijo, pasando la mano por entre sus cabellos, que habían vuelto á tomar su actitud

desordenada del buen tiempo, estaba seguro. ¡La imaginación ha hecho de las suyas, Reina!

— ¡No se trata de la imaginación, sino del corazón, señor cura, puesto que yo amo!

— ¡Oh! ¡Tan joven, tan niña!

— ¿Es una razón? ¡Repito á usted que muero de amor por el Sr. de Conprat!

— ¡Ah! ¿Es él?

— ¿Me toma usted por una cabeza de chorlito, por una cabeza ligera, señor cura?, exclamé.

— Pero, Reina, en lugar de morir, haría usted mejor en casarse con él.

— Eso sería lógico, mi querido cura, muy lógico; por desgracia, yo no le agrado.

Esta afirmación le pareció tan extraordinaria que quedó algunos segundos petrificado.

— ¡No es posible!, me dijo con un acento tan convencido que no pude menos de reirme.

— No solamente no me ama, sino que ama á otra: está enamorado de Blanca y la ha pedido en matrimonio.

Yo le referí lo que había ocurrido hacía algunos días en el Pavol; mis descubrimientos, mi ceguera y las vacilaciones de Juno; y coroné esta narración llorando á lágrima viva, porque mi aflicción era efectivamente muy verdadera.

El cura, que no había podido decidirse hasta entonces á tomar en serio mis penas y mis palabras, parecía la imagen de la consternación. Acercó su asiento al mío, me tomó la mano y se esforzó en hacerme ver la conveniencia de adoptar una prudente resolución.

— Su prima de usted vacila, el casamiento no se hará quizás.

— ¡Qué importa, puesto que él la ama! No se puede amar dos veces.

— Eso se ha visto, sin embargo.

— ¡No lo creo, sería horroroso! Soy muy desgraciada, mi querido cura.

— ¿Se lo ha dicho usted á su tío?

— No, pero ha adivinado mis pensamientos. Por otra parte, ¿para qué? El no puede obligar á Pablo á amarme y á olvidar á su hija. ¡Yo no quisiera que él conociese mi amor, preferiría morir!

Un largo silencio siguió á esta manifestación de mi altivez. Mirábamos el fuego como dos brujos que pretenden leer los secretos del porvenir en las llamas y los carbones encendidos. Pero llamas y carbones permanecieron mudos y yo lloraba silenciosamente, cuando el cura dijo sonriéndose:

— ¡No se parece, sin embargo, ni á Francisco I ni á Buckingham!

— ¡Ah, señor cura, respondí vivamente, si Francisco I y Buckingham estuviesen ahí, no se harían de rogar para amarme, y yo me alegraría mucho de ello!

El cura encontró la respuesta desprovista de ortodoxia y llena de interpretaciones enojosas. Abandonó rápidamente el asunto erizado de lazos que había empezado á tratar y me predicó la resignación.

— Reflexione usted, Reina. ¡Es usted tan joven! Esta desgracia pasará, y usted tiene delante de sí una larga vida.

— No tengo un carácter resignado, sépalo usted. Si vivo, no me casaré jamás; pero no viviré, estoy tísica, ¡escuche usted!

Y traté de toser de una manera cavernosa.

— No nos chanceemos sobre este asunto, Reina. Gracias á Dios, está usted en buen estado.

— Vamos, dije levantándome, veo que no quiere usted creerme. Aprovechemos este hermoso tiempo y los últimos momentos que me quedan de vida para ir al Buissón, señor cura.

Nos pusimos á andar de prisa, á pasos cortos, hacia mi antigua habitación, bajo un agradable sol del mes de noviembre, infinitamente menos apacible, menos vivificador que el cariño de mi buen cura y la presencia de su amable semblante, que había vuelto á tomar su color encarnado desde mi llegada. Yo miraba con satisfacción revolotear sus cabellos, su modo de andar ligero, toda su persona repleta y alegre que yo había acechado tantas veces por la ventana del corredor, mientras la lluvia azotaba las vidrieras y el viento bramaba, silbaba por entre las puertas destrazadas de la antigua casa.

Después de una visita á Perrina y á Suzón, la recorrí de alto á bajo. En verdad, el tiempo no debería medirse por la cantidad de los días transcurridos, sino por la vivacidad y el número de las impresiones. Muy pocas semanas antes había dejado la vieja y arruinada casa, y si me hubieran dicho que desde entonces habían pasado muchos años, lo hubiera creído perfectamente. Llevé al cura al jardín. ¡Pobre selva virgen! Ella me recordaba tristes días; sin embargo, me alegré de recorrerla en todas direcciones.

Y después el recuerdo de algunas horas muy agradables me pasaba por la cabeza; recuerdo que aún

tenía encantos para mí, á pesar de la amargura de las decepciones que habían seguido á un momento de felicidad.

— ¿Se acuerda usted, señor cura?, dije señalando al cerezo á que Pablo había subido.

— Pensemos en otra cosa, Reina.

— ¿Es eso posible, mi querido señor cura? ¡Si supiese usted cuánto le amo! ¡No tiene defectos, se lo aseguro á usted!

Una vez en este terreno, ningún poder humano ni sobrenatural hubiera podido detenerme, tanto más cuanto que en el Pavol estaba obligada á disimular mis ideas. Hablé tanto tiempo, que el desgraciado cura estaba completamente aturdido.

Pasamos la noche en charlar y en disputarnos. El cura empleó todo su talento oratorio en probarme que la resignación es una virtud llena de sabiduría y fácil de adquirir.

— Querido señor cura, respondí con gravedad, usted no sabe lo que es el amor.

— Créame usted, Reina, con buena voluntad olvidará usted y dominará fácilmente esta desgracia. ¡Es usted tan joven!

«¡Tan joven!..» ese era su estribillo. ¿No se sufre á diez y seis años como á otra cualquiera edad? ¡Estos viejos son particulares!

Por mi parte, respondí meneando la cabeza:

— ¡Usted no comprende, señor cura, usted no comprende!

Al día siguiente, paseando en su jardín, le dije:

— Señor cura, anoche se me ocurrió una idea.

— Veamos la idea.

— Deseo que vaya usted al curato del Pavol.

— No se puede tomar el puesto de los otros.

— El cura del Pavol es viejo como Herodes; envejece mucho, y yo vigilo las señales de su desfallecimiento con una tierna solicitud. ¿No se alegraría usted de reemplazarle?

— Evidentemente, sí; sin embargo, sentiría dejar mi parroquia. Hace ya treinta y cinco años que estoy en ella, y ahora la quiero.

— ¡Ahora ¡No siempre ha estado usted contento!

— No, Reina; ya sabe usted cuán triste es. Quizás no se le ha ocurrido á usted nunca que he sido joven. Mis ensueños no eran precisamente los mismos que los de usted, pero hubiera querido una vida activa; hubiera querido ver, oír muchas cosas, porque no era inteligente y deseaba recursos intelectuales que me han faltado siempre. Además, antes de tenerla á usted en mi existencia, no poseía ni afecto ni amistad alrededor de mí. Pero el abatimiento y todos los disgustos se dominan, cuando se quiere dominarlos. Yo era muy feliz antes de su partida de usted del Buissón; había olvidado los largos días tan tristes y tan malos de mi juventud.

El buen cura se quedó pensativo, y yo, que no había imaginado jamás, viéndole siempre alegre y satisfecho, que él había podido sufrir en algún tiempo, me enternecí ante su resignación tan verdadera, tan tranquila, sin la menor hiel.

— Es usted un santo, mi querido cura, dije tomándole la mano.

— ¡Psh! No digamos tonterías, querida Reina. Mi existencia comprimida me ha hecho sufrir, pero esa es la suerte de todos mis cofrades cuya imaginación es joven y activa. He hablado á usted de esto para hacerle comprender que todo se puede soportar, que se puede volver á hallar la dicha, la alegría, cuando las desgracias han pasado y se han sufrido con valor.

Yo comprendía muy bien, pero el cura predicaba en desierto. Era demasiado joven para no ser muy absoluta en mis ideas, y me decía naturalmente que, en materia de disgustos, nada es comparable á un amor desgraciado.

— Si el curato del Pavol está vacante algún día, me alegraría ir á él, Reina; sólo que ese cambio no depende de mí.

— Sí, ya lo sé, pero mi tío conoce mucho al obispo, él arreglará eso.

El cura volvió á conducirme á C... Cuando me vió instalada en el elegante landó de mi tío, exclamó: — ¡Cuánto me alegro de ver á usted en su sitio! Este coche está más en armonía con usted que la calesa de Juan.

— Pronto me verá usted en una hermosa quinta, respondí. Voy á rezar algunas novenas para que el cura del Pavol se vaya al cielo. Es una idea caritativa, puesto que es viejo y está enfermo. ¡Usted tendrá una bonita iglesia y un púlpito, señor cura, un verdadero gran púlpito!

Los caballos partieron, y yo me asomé á la portezuela para ver más tiempo á mi viejo cura, que me hacía señas de amistad sin pensar en ponerse el sombrero, porque una feliz, una alegre esperanza había entrado en su corazón.

(Continuará)

LA GIRALDA DE SEVILLA

II. — (Véase el n.º 705)

Después de haber descrito en el artículo anterior las transformaciones que en su exterior ha sufrido la Giralda, vamos á intentar la descripción interior de la famosa torre á fin de que nuestros lectores puedan formar juicio aproximado de la grandeza de este monumento (1), el más insigne del arte almohade, y séanos lícito, antes de emprenderla, lamentarnos de las obras verificadas por Fernán Ruiz, que alteraron tan completamente el aspecto total del alminar según hoy lo vemos. Compárese, pues, la pureza, elegancia y armonía de la *Torre* musulmana, con su segundo cuerpo adornado por las tablas de ataurique, su cupulino de azulejos y sus cuatro esferas de bronce dorado, con el remate actual, desde el cuerpo de las campanas hasta el Giraldillo, sus pesados arcos, entablamentos, balcones, pilares y vasos de sus cuatro cuerpos, y nos persuadiremos de los efectos deplorables de aquellas obras y también de que nunca podrán conciliarse ni armonizarse tan discordes elementos, como manifestaciones de artes opuestas en su esencia como en el espíritu que los animó. Verdad es que para el común de las gentes, incapaces de apreciar la profanación cometida, el aspecto de la *Torre*, vista á cierta distancia, produce singular efecto por su altura y esbeltez; mas para el arqueólogo concienzudo y para el artista que no se satisfacen con las impresiones del momento, sino que buscan y escudriñan hasta en los más ocultos pormenores, para obtener como resultado de sus investigaciones, ya el esclarecimiento de un punto dudoso, ya la explicación de una teoría, ó ya finalmente un nuevo dato que allegar á la historia, poco conocida aún, de nuestros monumentos, no puede menos de causar profunda tristeza la consideración de las mutilaciones sufridas. Afortunadamente éstas se circunscribieron principalmente al segundo cuerpo del alminar; pues si bien muchos de los vanos exteriores ostentan todavía sus macizas y pesadísimas balastradas que producen un efecto deplorable, y si hasta nuestros días han permanecido alteradas las formas de algunos arcos de ojiva túmida y angrelada que macizaron y convirtieron en medios puntos, la acertada restauración que en 1887 efectuó el peritísimo arquitecto Sr. Adolfo Fernández Casanova hizo desaparecer estos pegotes, así como los restos que se conservaban de imágenes que pintara Luis de Vargas por los años de 1568, y que se veían en los arcos ornamentales que sostienen las tablas de ataurique ajaracada que adornan en sentido vertical los cuatro frentes de la *Torre*, y también en cada uno de los que forman el friso superior, inmediato al arranque del cuerpo de las campanas, conservándose sólo restos de dichas pinturas ya muy borrosas en el tercio inferior del muro que da al Norte (2).

Mucho empeño tuvo el Sr. Casanova en que desapareciesen los ridículos antepechos ó balcones; pero elevado su proyecto de restauración á la Real Academia de San Fernando, estimó dicha corporación que debían respetarse, como testimonio del gusto dominante á fines de la décimasexta centuria: nosotros opinamos que para dar fe de aquél, bastaba y sobraba con los cuatro cuerpos en que hoy remata.

Entrando ahora en la descripción interior de la *Torre*, diremos que la pequeña puerta que sirve hoy de entrada, no fué la primitiva, que estuvo situada en el muro de Occidente y por tanto daba al sitio en que se ve hoy día la capilla de Nuestra Señora del Pilar: penetrando por la actual y después de atravesar un estrecho pasadizo hallamos la primera rampa, «tan llana é de tan grand maestría fecha... que cualesquier que allí quisiere sobir con bestias soben hasta encima della.» Hoy sería difícil intentar el ascenso cabalgando, pues hállanse enladrilladas todas las rampas (obras que se efectuaron en 1813) y que llegan al número de 35, las cuales van desenvolviéndose, alrededor del gran machón central, dejando lugar para varios aposentos. Todos los muros están construídos de ladrillo, que miden 0^m,35 de largo, por 0^m,09 los del paramento interior, colocados por hiladas horizontales y perfectamente tomadas sus llagas con fuertes mezclas. Hay que notar que la anchura de las rampas y muros va estrechando á medida que se sube. La riquísima colección de capiteles que se ven en los balcones, ora sosteniendo los arcos exteriores, ya sirviendo de parteluces, con sus correspondientes fustes y alguna basa árabe-bizantina, llaman la atención de los visitantes por su mérito, variedad y considera-

ble número, que asciende á 140, debiendo notar que los que se encuentran en los muros exteriores, sosteniendo las tablas de ataurique y la arquería ornamental del friso, son muchos de ellos visigodos, aprovechados por los almohades de las antiguas fábricas sevillanas. Una vez en el cuerpo de las campanas, encontramos colocada en pequeña hornacina abierta en el muro, y sobre la clave del arco de ingreso, una estatuita de piedra de la Virgen del Socorro, ejecutada al estilo del Renacimiento.

En el muro en que se halla la esfera del reloj hay una inscripción en mármol blanco que conmemora la subida á la torre de Carlos IV y la real familia.

Varias campanas muy importantes encuentra el curioso, como producto de la pericia de los fundidores del siglo xv, adornadas de escudetes, medallones, inscripciones en relieve con caracteres monacales y góticas floreadas, debidas á los maestros campaneros Francisco Fernández, Juan Aubrí y Antón López; de Juan de Balabarca es la llamada *gorda*, por ser la mayor, que fundió aquel artífice en 1588 y cuyo peso es de 163 quintales.

El número total de ellas es el de 26, siete de golpe y 19 de vuelta.

Curioso es por demás el siguiente hecho que refiere D. Fernando Pizarro y Orellana en sus *Varones ilustres del Nuevo Mundo*, hablando del famoso navegante Alonso de Ojeda: «Era, dice, de pequeño cuerpo, bien proporcionado, de buen rostro, de muchas fuerzas y ligereza; haziendo siempre que la pequeñez del cuerpo fuese gigante con la virtud del ánimo, y que fuese compañera de las fuerzas la ligereza, como lo mostró quando estava la Reyna doña Isabel en la torre de la iglesia Mayor de Sevilla, pues se atrevió á subir en el madero que sale veinte pies fuera de la Torre, y le midió con los suyos tan aprieta como si fuera en una sala, y al cabo del madero sacó un pie en vago, y dando la vuelta, con la misma fuerza se bolvió á la Torre, que pareció imposible no caer y hazerse pedaços.»

Durante el siglo xv, por lo menos sirvió también la Torre como atalaya ó vigía, y en este sitio á que nos venimos refiriendo, hoy campanario y entonces azotea, encendíanse grandes fogatas para avisar á los lugares de la comarca cuando ocurría alguna asonada, tan frecuente entonces. Hubo, pues, en la *Torre* vigías que pagaba la ciudad, según prueban algunos libramientos, que se conservan en su Archivo, por los cuales sabemos que en 9 de febrero de 1407 mandó el Concejo sevillano á su mayordomo «que diese á Juan Diaz, que tiene la torre de Santa María la Mayor, 840 maravedises para él y para dos hombres que están con él en la dicha torre que tiene cargo de ver et de orear de noche et de día las afumadas é almenaras que se fiziesen en las torres é castillos que son contra tierra de moros et de responder á ellas porque en breue la tierra sea apercebida para fazer lo que cumple á seruiçio de nuestro señor el Rey.» En 23 de febrero de 1452 se concedió una cantidad á Pedro Fernández Marmolejo, veinte y cuatro de Sevilla, «para poner atalayas en la torre de Santa María,» y en 26 de enero de 1489 expidióse otro en favor del Jurado Antón Serrano «para dar á tres hombres que ha de poner por mandado de la ciudad por atalayas en la torre de Santa María la Mayor, para que vean las ahumadas que se fizieren en la villa de Carmona, donde están puestas otras atalayas por mandado del Sr. Marqués de Calís, capitán general de la frontera.»

Del abusivo empleo que le dieron algunos magnates sevillanos en épocas de bandos y revueltas, quéjase también nuestros historiadores, y así leemos en Zúñiga al tratar de los sucesos de 1440 y refiriéndose al canónigo de esta santa iglesia, D. Pedro González de Medina, que dice: «hizo de la *Torre* propugnáculo de vandos y armas,» y el mismo analista copia las siguientes frases tomadas de las alegaciones que se efectuaron entre los poderes eclesiásticos, para poner coto á las demasías del citado canónigo: «Porque es gran oprobio (dijeron) de esta santa iglesia y de los Beneficiados della, según que muchas vezes entre Nos fué y es platicado que las dichas Torres (la Giralda y la de San Miguel) esten muñidas de gente e que se velen con vozinas, como si fuessen castillos fronteros, de lo cual es notorio que se han escandalizado y escandalizan los vezinos y moradores de esta ciudad.»

De este cuerpo de las campanas súbese al aposento en que se halla la maquinaria del reloj, obra maestra en su género, debida á la pericia del religioso franciscano Fr. José Cordero, que la construyó en el año 1765.

El tercer cuerpo es de planta circular y en él hay un espárrago de hierro para subir al cuarto y último, que sirve de asiento á la magnífica y grandiosa figura de la Fe vencedora, á que el vulgo llama *Giraldillo*. Es de bronce y fué fundida en 1566-68 por el famo-

so Bartolomé Morel, según los diseños que acaso le facilitara el escultor Diego de Pesquera. Tiene 4 metros de alto, y la figura, vestida á la heroica, asienta sus plantas sobre un gran globo de bronce también, taladrado por un perno, á que está unida la figura, la cual gira al menor impulso del viento.

Para terminar nuestro ligero estudio, diremos breves frases acerca de las últimas obras verificadas en la Torre por el sabio arquitecto Sr. D. Adolfo Fernández Casanova y á consecuencia de los destrozos causados por la chispa eléctrica desprendida en la tarde del 26 de abril de 1884 (1). Dieron comienzo el 16 de agosto de 1885. En su frente Sur fué reconstruída toda la región central que destruyó el rayo, y por tanto los ajimeces y el trozo de muro correspondiente á una mitad de la arquería ciega superior. En las restantes fachadas fueron restaurados la mayor parte de sus ajimeces y hechas de nuevo las lacerías elegantísimas de piedra de la ventana gemela del muro Este, por hallarse completamente destruídas. Varios vanos de las fachadas Sur, Este y Norte estaban tabicados, otros cuarteados y sostenidos con parches de yeso imitando ladrillo, por lo cual fué preciso efectuar la reconstrucción de todos ellos. Colocáronse entonces 17 basas, 28 fustes y 64 sotacapiteles. Para los tableros de ataurique 4 fustes y 10 para la arquería de coronación, en la que se emplearon 14 sotacapiteles. Trece capiteles modernos y de pésimo gusto fueron sustituídos por otros genuinamente coetáneos, cinco regalados por sevillanos amantes de sus glorias y ocho adquiridos por cuenta del Estado. Muchas de las bóvedas de las rampas se hallaban dislocadas, todas ofrecían hiendas y cuarteos de más ó menos consideración, á las cuales hubo de atender, así como á los grandes desperfectos que se notaban en los muros y á la rosca de ladrillo del pavimento. Construyéronse también de nuevo las bóvedas de cañón seguido que sostienen los pisos Sur y Oeste de la galería del cuerpo de campanas, la escalera que conduce al reloj y finalmente el último cuerpo que sirve de basa al Giraldillo, obra esta última muy arriesgada, no sólo porque al hacerla había que dejar suspendida temporalmente la colosal estatua, sino por la dificultad de mover obreros y materiales en los reducidos límites de este cuerpo. Veán nuestros lectores cómo describe el Sr. Casanova esta atrevida operación: «Empecé, dice, por acodalar y encinchar fuertemente este cuerpo, á fin de constituir una sola masa resistente, compuesta de las obras de sillería y de las auxiliares de madera y hierro, que tenían por objeto reforzar temporalmente las fábricas. Dispuestos así los trabajos, preparo un fuerte espárrago de resistencia proporcionada á su destino, y una vez subido á su sitio, corto resueltamente el viejo y le reemplazo con el nuevo. En este momento crítico, en que la suerte tanto nos favoreció, debo declarar, en honor de mis operarios, que ninguno de ellos faltó de su puesto, y animados ya con este primer resultado, acometen valientemente el corte parcial y sucesivo de los pilares y del anillo de bóveda, reponiendo los sillares partidos á medida que se iban cortando. La Providencia bendijo el arrojó y los buenos deseos de mis obreros, que terminaron el arriesgado trabajo de cantería y los definitivos encinchados de hierro de este cuerpo sin experimentar el más leve percance, salvando así la coronación de uno de los más renombrados monumentos europeos.» Finalmente, para defenderlo en lo sucesivo de los daños de otra descarga eléctrica, el 1.º de octubre de 1885 se empezaron los trabajos para la instalación de los pararrayos, que hoy se ven al pie de la estatua del Giraldillo, en forma de corona. Hízose entrega del monumento ya restaurado al Excmo. Cabildo eclesiástico en 3 de abril de 1888 y los gastos todos ascendieron á la suma de 148.682 pesetas.

JOSÉ GESTOSO Y PÉREZ

APARATO PARA LA PRODUCCION

DEL ALCOHOL ARTIFICIAL

Los progresos de la ciencia permiten hoy preparar artificialmente con los minerales el alcohol puro, completamente libre de los principios nocivos que generalmente contiene. M. Berthelot ha sido el primero en producir el alcohol sintético, es decir preparado artificialmente, partiendo del carbono y del hidrógeno: su procedimiento, sin embargo, era demasiado

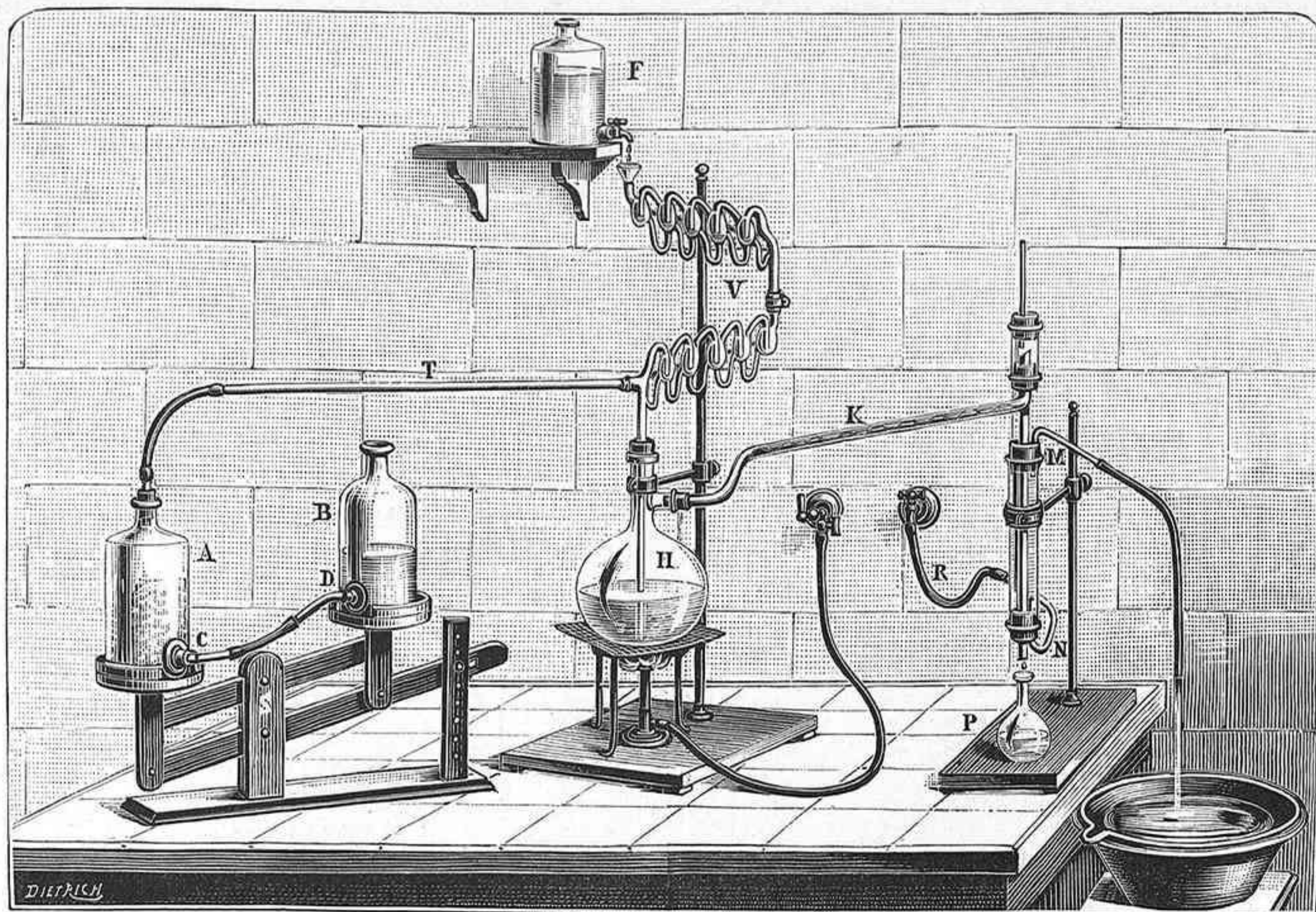
(1) Los lectores curiosos pueden consultar, si desean conocer á fondo los desperfectos y daños que tuvo la *Torre* hasta esta fecha, así como el pormenor de las obras que se ejecutaron para subsanarlos, el folleto que publicó el Sr. Casanova, titulado *Giralda de Sevilla. Memoria descriptiva de las obras de restauración é instalación de pararrayos*. Sevilla. Izquierdo. 1888.

(1) Su altura deducida con el eclímetro es 93^m,25.

(2) La torre con sus pinturas vese reproducida en una curiosa estampa que dibujó D. Pedro Tortolero y grabó D. Juan Fernández por los años de 1690. ¡Imagínense los lectores un alminar adornado con santos!

caro para destronar el alcohol de vino ó de cereales; pero desde que la ciencia electro-química permite obtener muy barato el gas acetileno, la producción del alcohol artificial ha sido nuevamente estudiada y simplificada.

El aparato que reproducimos produce el alcohol artificial de una manera continua hidrogenando el acetileno en el momento de su formación en el mismo aparato que lo fabrica. En el frasco A se pone una mezcla de carburo de calcio y de cinc (2 kilogramos del primero y 2'5 del segundo) y en el frasco B agua acidulada con ácido sulfúrico (5 litros de agua y 3.200 gramos de ácido sulfúrico): los dos frascos están unidos por un tubo de caucho CD y colocados en un soporte S, el cual permite elevar ó bajar el frasco B, según que se quiera ó no aumentar la corriente. El agua acidulada



Aparato para la producción del alcohol artificial

ataca el carburo y el cinc, formándose entonces hidrógeno y acetileno: estos dos gases se combinan inmediatamente para formar el etileno, que se desprende por el tubo T, de donde pasa á las bolas de un aparato Mario Otto V, en las que se disuelve al contacto del ácido sulfúrico caliente que en él cae gradual y constantemente desde el frasco F. El ácido saturado de gas cae en la redoma H, al fondo del agua que ésta contiene y que se hace hervir. En esta redoma el producto se descompone en ácido y alcohol; este último se volatiliza con agua y se enriquece en el tubo K que contiene cintas de cobre y que sirve de columna de destilación: el alcohol puro se condensa en el refrigerante R enfriado por una corriente de agua: en el recipiente P se recoge el alcohol puro, que por este método resulta á 35 céntimos kilogramo.

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE UN BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOGACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALUDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL D^r DELABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^r FRANCK
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones, curados ó prevenidos.
 (Rótulo adjunto en 4 colores)
 PARIS: Farmacia LEROY
 Y en todas las Farmacias.

CYCLES IMPERATOR
 DUGOUR Y C.^a Constr.
 81, Faubourg, Saint-Denis, en Paris
 Velocípedos de precisión
 Excelentes neumáticos. Fr. 225
 Catálogo gratis.-Exportación

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de abajoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECO y de los INTESTINOS.

AVISO Á LAS SENORAS
EL APIOL DE LOS D^{RES} JORET Y HOMOLLE
 CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
FR. BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Pildoras y Jarabe DE BLANCARD
 Con Ioduro de Hierro inalterable.
ANEMIA COLORES PALIDOS RAQUITISMOS ESCRÓFULOS TUMORES BLANCOS, etc., etc.

Solucion BLANCARD y Comprimidos de Exalgina
 JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS, DOLORES DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS.
 El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento. **CONTRA EL DOLOR.**
 Exijase la Firma y el Sello de Garantia.-Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOSES EFLORESCENCIAS ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 5 fr. en Paris
 2^a St-Denis, 40

MAREO PELAGINA
 RESULTA DOS COMPLETOS en el mayor número; ALIVIO SEGURO en los otros.
 IMPORTA SABER COMO EMPLEARLO. En Francia, frascos 5, 3 y 1 fr. 50
E. FOURNIER Farm^a, 114, Rue de Provence, PARIS,
 y en las principales Poblaciones marítimas.
MADRID: Melchor GARCIA, y todas Farmacias.

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los S^{rs} PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.- Precio: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES del ESTOMAGO Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA PREMIO DEL INSTITUTO AL D^r CORVISART. EN 1856
 Medallas en las Exposiciones internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALGIAS DIGESTION LENTAS y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT VINO. de PEPSINA BOUDAULT POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD ASMA
 En Polvos y Cigarrillos Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION y toda afección Espasmódica. de las vías respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata
 J. FERRÉ y C^{ia}, Pcos, 102, R. Richelieu, Paris.

CARNE, HIERRO y QUINA
 El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteración de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrófulosas y escorbúticas, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y decolorida: el **Vigor, la Coloración y la Energía vital.**
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm^a, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
 el nombre y la firma **AROUD**

PECAS (Taches de Rousseur)
 Salvado, pecas, máscara, bochorno, granos y puntos negros son destruidos en algunos dias sin alterar la piel ni la salud por la maravillosa é inimitable **LECHE del D^r DE SEGRÉ.** Acción segura, perfume suave, última palabra del progreso. El frasco 5 francos Paris; 6 fr. franco estación, contra mandato. **CASA S^r JUST,** 304, rue Saint-Honoré, y en buenas perfumarias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY
 destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILVORE, DUSSEY,** 4, rue J.-J. Rousseau, Paris.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

FOLK-LORE MUSICAL CATALÁ, por Jacinto E. Tort Daniel. — Los estudios folkloristas han alcanzado en este tiempo gran importancia: poetas y músicos, convencidos de que en el pueblo reside la fuente más pura de inspiración, á él han acudido recogiendo de sus propios labios sus narraciones, sus leyendas, sus poesías, sus canciones, haciendo sobre ellas profundos estudios y deduciendo de éstos provechosas enseñanzas. Y este movimiento no se limita á una comarca ó nación determinada, sino que es por decirlo así universal: en Francia, en Alemania, en Inglaterra, en Rusia, en todas partes donde en algo se tiene á la poesía y á la música, realizanse pacientes investigaciones sobre cuanto á la musa popular se refiere. España no se ha quedado á la zaga en este orden de trabajos, y dentro de España, Cataluña ocupa en este punto uno de los primeros puestos, publicándose de continuo libros y folletos que de tan interesante materia se ocupan: Pelay Briz, Milá y Fontanals, Pedrell y tantos otros han consagrado á ella su atención aportando al acervo folklorista preciosos materiales. Digno continuador de estos trabajos es el joven y distinguidísimo compositor y pianista Sr. Tort Daniel, que desde hace algún tiempo dedícase con laudable perseverancia y con gran inteligencia á estudiar las canciones populares catalanas. Siete de éstas han sido por él coleccionadas en el folleto que nos ocupa, publicando la letra y la música de las mismas, en las cuales se admira una dulzura, una sencillez y un sentimiento poético que embelesan. El Sr. Tort y Daniel ha prestado con esta obra un nuevo é importante servicio á la literatura y á la música folklorista, mereciendo por ello incondicionales alabanzas.

UNA PÁGINA DE CRÍTICA HISTÓRICA, por J. M. Villasclaras Rojas. — En el certamen celebrado en Vélez Málaga en 3 de octubre de 1894, otorgóse el premio destinado al mejor trabajo de crítica histórica sobre el origen y fundación de aquella ciudad al conocido publicista de la misma Sr. Villasclaras por la memoria que nos ocupa. En ella se hace un meditado estudio sobre el tema propuesto, y su autor demuestra notables aptitudes para la investigación y crítica de los hechos históricos, labor tanto más difícil cuanto que el Sr. Villasclaras ha tenido que luchar con la falta de datos, antecedentes y textos sobre la materia tratada, á pesar de lo cual su bien escrita memoria resulta completa é interesante. Véndese al precio de 75 céntimos de peseta.



EL SACAMUELAS, grupo de Cipriano Folgueras (Exposición Nacional de 1895)

PALABRAS Y PLUMAS, por L. Ruiz Contreras. — SOL Y SOMBRA, por Ricardo Sepúlveda. — Forman estos dos libros los tomos 25 y 26 de la Colección Diamante, que con éxito cada vez mayor publica el editor barcelonés D. Inocente López. El primero contiene varios artículos é interesantes novelitas; el segundo gran número de chispeantes artículos y poesías. Uno y otro son dignos de la merecida reputación de que gozan sus autores los señores Ruiz Contreras y Sepúlveda, y no necesitan por lo mismo ser recomendados al público que harto sabe lo que valen escritores tan distinguidos. Véndense los tomos citados al precio de dos reales cada uno.

PRO PATRIA. — El último número de esta importante revista que se publica en Madrid bajo la dirección de D. José Marco, contiene el siguiente interesante sumario: *Tres nuevas formas geométricas*, por D. Arturo Soria; *A Sulpicia* (traducción de la elegía II del libro IV de Tibulo), por D. Víctor Balaguer; *El dominio del capital*, por D. Rafael Alvarez Seireix; *Estudio crítico sobre lo que dice el Quijote*, por D. Baldomero Villegas; *Andrea Azelina Carrera*, por ***; *El ajedrez jugado de memoria*, por D. Andrés Clemente Vázquez; *Desde París*, por J. B. Enseñat; *Academias y sociedades*, por Ache; *Noticias musicales*, por D. Andrés Mitjana; *Notas políticas*, por Sinesio, y *Notas bibliográficas*, por Amando. Suscríbese á esta revista en Madrid, calle de Claudio Coello, 19.

NARRACIONES VULGARES, por Juan Guillén y Sotelo. — La Biblioteca Selecta que con tanto éxito publica en Valencia la casa Paseual Aguilar, ha dado á luz el tomo que nos ocupa y que contiene una colección de bonitas narraciones. Aunque su autor las califica de vulgares, su lectura demuestra que hay en ellas algo y aun algo que las colocan por encima de lo que por vulgar suele entenderse. Populares sí son, pues en todas ellas palpita ese sentimiento poético que en el pueblo más que en ninguna otra parte se encuentra. El Sr. Guillén describe en su libro una porción de cuadros de costumbres de su tierra, la hermosa Andalucía, y para que nuestros lectores comprendan hasta qué punto ha acertado en la reproducción, sólo diremos que un poeta andaluz tan entusiasta y tan conocedor de su país como Salvador Rueda, dice en un laudatorio prólogo que contiene la obra: «En el libro te veo á ti y veo á Andalucía.» Este tomo, como todos los de la Biblioteca Selecta, véndese en las principales librerías á dos reales.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 31, Rue de Selne.

Las Personas que conocen las PILDORAS DE DEHAUT DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el causante que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Especiones: J.-P. LAROZE & C^o, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

Jarabe de Digital de LABELONYE

Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN

Medalla de Oro de la 8^{ad} de F^{ia} de ParisLABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

contra las diversas Afecciones del Corazón, Hydropsias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.

HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyección ipodérmica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.

CARNE y QUINA

El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.

VINO AROUD con QUINA

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

CARNE y QUINA son los elementos que entran en la composición de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convulsiones, contra las Diarreas y las Afecciones del Estómago y los Intestinos. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al Vino de Quina de Aroud.

Par mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmacéutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

EXIJASE el nombre y la firma AROUD

VELOUTINE FAY

El mejor y mas célebre polvo de tocador

POLVO DE ARROZ EXTRA preparado con bismuto por Ch. Fay, perfumista 9, Rue de la Paix, PARIS

Quedan reservados los derechos de propiedad artistica y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN